FLAVIO JOSEFO

LA GUERRA DE LOS JUDÍOS

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JESÚS M.ª NIETO IBÁÑEZ



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 264

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

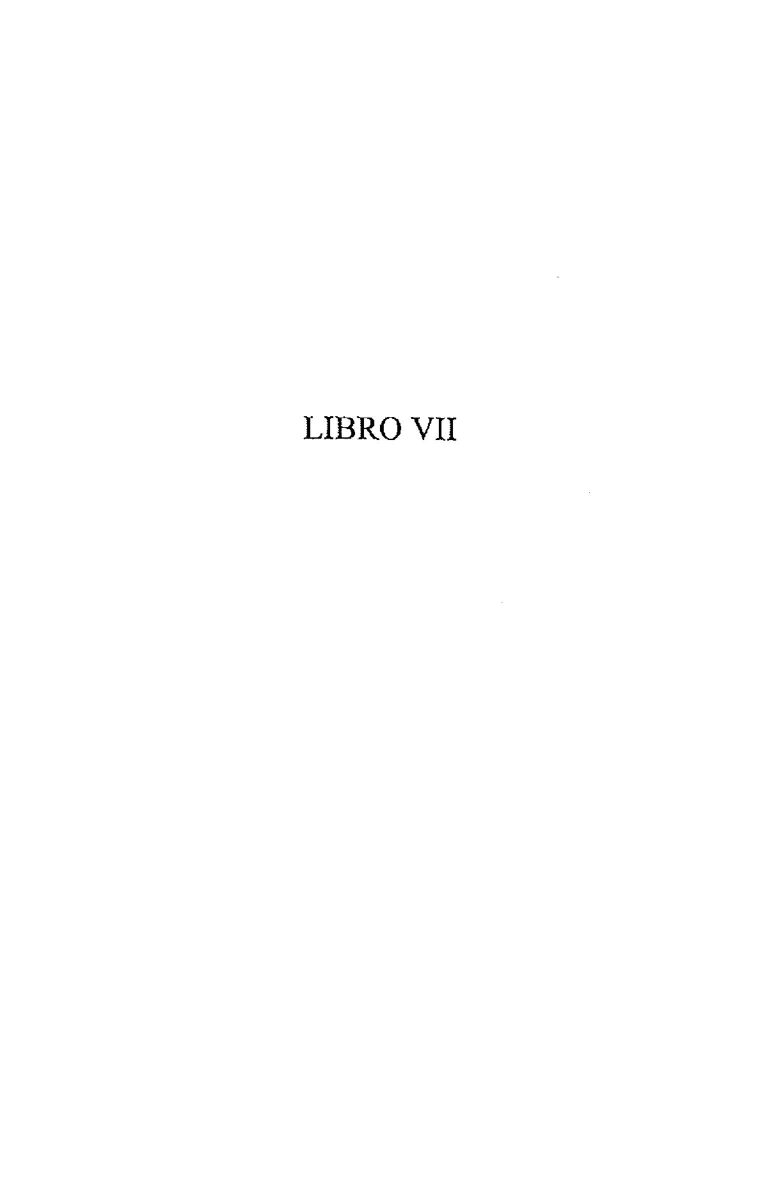
Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por FRANCISCO JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 1999.

Depósito Legal: M. 42515-1997.

ISBN 84-249-1885-1. Obra completa.
ISBN 84-249-1998-X. Tomo II.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 1999.



LIBRO VII

NOTA TEXTUAL

Edición de Niese	Nuestro texto
57 (5) Ναῖος	Γναῖος Bekker
69 (20) ἰδίαν	ἡδεῖαν *Versio Latina*, Hudson
80 (1) Οὐίτιλλος	Κιουίλιος *Versio Latina*, Gelenius
180 (3) φύει	ὅς φύει Destinon
259 (2) τι ἐπίνοια	τις ἐπινοίᾳ Thackeray
329 (20) μετασχόντες *	μετασχόντες παρανομίας *M*

SINOPSIS

DESDE LA DESTRUCCIÓN DE JERUSALÉN HASTA LA REBELIÓN JUDÍA DE CIRENE (septiembre del 70-74 d. C.)

1. Jerusalén es arrasada. – 5. Alabanzas y recompensas al ejército romano. – 21. Vespasiano en Italia. Tito en Cesarea de Filipo. – 26. Simón es apresado. – 37. Espectáculos con prisioneros judíos en Cesarea y Berito. – 41. Los judíos de Antioquía. – 54. El incendio de Antioquía. – 63. Vespasiano es aclamado en Roma. – 75. Insurrección en Germania y en la Galia. Petilio Cereal y Domiciano. – 89. Los sármatas invaden Mesia. Rubrio Galo les hace frente. – 96. Tito recorre Siria. Su estancia en Antioquía. – 112. Tito se apodera de Jerusalén. – 116. Tito se dirige a Roma. – 121. Triunfo de Vespasiano y Tito. – 132. El cortejo triunfal en Roma. – 153. Ejecución de Simón. – 158. Erección del Templo de la Paz. – 163. Lucilio Baso toma la fortaleza del Herodio. Descripción de Maqueronte y sus alrededores. – 190. El asedio de Maqueronte por Baso. – 210. Batalla de Jardes. – 216. Vespasiano impone un tributo a los judíos. – 219. Antíoco, rey de Comagene, acusado de conspiración. – 225. Cesenio Peto invade Comagene. – 238. Antíoco hace la paz con Vespasiano. – 244. Los alanos invaden Media y Armenia. – 252. Flavio Silva ataca Masadá. Los sicarios. – 280. Descripción de la fortaleza de Masadá. – 304. El asedio de Masadá. – 320. Arenga de Eleazar a los sitiados. Sus dos discur-

sos. – 389. Los judíos de Masadá se suicidan. – 402. Los romanos entran en Masadá. – 407. Los sicarios se refugian en Egipto. Los romanos acaban con la revuelta judía de Alejandría. – 420. Final del templo de Onías en Egipto. – 437. Los sicarios de Jonatán se sublevan en Cirene. El gobernador Catulo en contra de los judíos y de Flavio Josefo. – 454. Epílogo a la *Historia de la guerra de los judíos*.

Jerusalén es arrasada

Cuando el ejército no tenía ya a nadie 1
a quien matar ni nada que saquear y cuando su furor carecía de todo aliciente, pues si hubieran tenido algo en que ocuparse no se habrían abstenido ni habrían tenido ningún miramiento con nada, César ordenó demoler toda la ciudad y el Templo y dejar en pie las torres[1] Fasael, Hípico y Mariamme, que eran más altas que las demás, y toda la parte de la muralla que cercaba a la ciudad por el oeste.
Esta última habría de servir de campamento para la guarni- 2
ción que quedara allí, mientras que las torres tendrían la finalidad de mostrar a la posteridad cómo era la ciudad y cómo era la fortificación sobre la que se impuso el valor
romano. Los encargados de la demolición allanaron la tota- 3
lidad del resto del recinto de la ciudad de tal forma que los que vinieran a este lugar no creerían que éste hubiera sido
habitado alguna vez[2]. Éste fue el final de Jerusalén, ciudad 4
ilustre y renombrada entre todos los hombres, que provocó la locura de los sediciosos[3].

---

[1] Cf. VI 409-410.

[2] Josefo exagera esta destrucción de Jerusalén: en la actualidad aún se conserva una parte del muro sur, otra del occidental, el famoso Muro de las Lamentaciones, y un pequeño resto de la zona oriental.

[3] Los hechos narrados en este libro VII, que seguramente es un añadido posterior al relato específico de la guerra de los judíos, coinciden

Alabanzas y recompensas al ejército romano

5 César decidió dejar allí como guanición la legión décima[4], algunos destacamentos de caballería y algunas cohortes de infantería. Después de haber ya solucionado el conjunto de los asuntos bélicos, deseaba felicitar a todo su ejército por sus éxitos y dar las recompensas merecidas a los que habían destacado en la
6 contienda. Levantó una gran tribuna en medio del primer campamento[5], se subió a ella con sus generales para que todas sus tropas le escucharan y les manifestó su profunda gratitud por la buena disposición que en todo momento habían
7 demostrado. Les alabó por la obediencia, así como por la valentía, que durante toda la guerra habían tenido en medio de muchos y grandes peligros. De esta forma ellos habían contribuido a aumentar el poder de su patria y habían demostrado ante todos los hombres que ni el número de los

---

con Tácito, *Historias* III-V, y Dión Casio, LXVI. Los sucesos de la Galia y Germania, el tema de los alanos o el de Comagene son totalmente ajenos al ámbito estrictamente judío, aunque responden a una actitud filorromana y de veneración a la dinastía Flavia profesada por Josefo. Sobre las posibles fuentes de este libro véase el apartado 4 de la Introducción.

[4] La X *Fretensis*. El comandante de esta legión, en un principio Sexto Vetuleno Cereal y luego Lucilio Baso, será al mismo tiempo el gobernador de la provincia, al tratarse del único destacamento estacionado en el lugar. Estos gobernadores tenían rango pretoriano y sólo en un período posterior, cuando fue acuartelada en Judea la legión VI *Ferrata* y el legado de la misma dejó de ser simultáneamente gobernador, la provincia adquirió un rango consular. Fue eliminada la anterior subordinación a los gobernadores de Siria y el nombre oficial de la provincia continuó siendo el de Judea, como lo atestiguan las monedas (cf. nota a VII 157), aunque más tarde la denominación habitual será *Syria Palaestina;* cf. H.-G. Pfaum, «Remarques sur le changement de statut administratif de la province de Judée», *Israel Exploration Journal* 19 (1969), 225-233.

[5] Este primer campamento se había levantado frente a la torre Psefino (cf. V 133).

enemigos ni sus fortificaciones ni la grandeza de las ciudades ni la audacia irracional ni la bestial crueldad del adversario serían capaces de escapar nunca al valor de los romanos, aunque algunos de los enemigos con frecuencia se encontraran con que la Fortuna estaba de su lado. Añadió 8
también que era un honor que ellos hubieran concluido la guerra, que duraba ya mucho tiempo, pues, cuando la empezaron, no deseaban un resultado mejor que éste. Sin embar- 9
go, para ellos más glorioso y brillante que este hecho era el que todos habían aceptado gustosos a los que ellos mismos habían elegido y enviado a su patria[6] para dirigir y administrar el Imperio romano, el que todos aprobaban sus decisiones y estaban agradecidos a los que habían hecho esta elección. En consecuencia, dijo que admiraba y quería a to- 10
dos, pues sabía que ninguno de ellos había demostrado un ardor menor del que había podido. Manifestó que enseguida 11
concedería las recompensas y los honores a los que habían luchado brillantemente con un vigor inmenso, a los que habían adornado su vida con proezas y a los que con sus éxitos habían dado una gloria mayor a su ejército. Añadió que ninguno de los que habían querido esforzarse más que otros se vería privado de su justo premio. En efecto, ésta iba a ser 12
para él la mayor preocupación, pues prefería recompensar el valor de los que le habían acompañado en la guerra que castigar sus errores.

Inmediatamente ordenó a los que tenían asignado este 13
cometido leer la lista de los que habían actuado con distinción en la guerra. A cada uno le llamaba por su nombre, les 14
alababa según se le iban acercando y se alegraba como si se trataran de sus propios éxitos. Les impuso coronas de oro, collares, pequeñas lanzas también de oro y les hizo entrega

[6] Es decir, la dinastía de los Flavios; cf. IV 601-604.

15 de estandartes fabricados en plata. A cada uno de ellos le ascendió a un grado superior. Por otra parte, les repartió también del botín una gran cantidad de plata, de oro, de ves-
16 tidos y de otros objetos conseguidos en los saqueos. Cuando todos recibieron sus honores, según el propio Tito había considerado que lo merecía cada uno, éste expresó sus votos por el bienestar de la totalidad de su ejército, bajó entre una inmensa aclamación y celebró los sacrificios en acción de gracias por la victoria. Inmoló todos los bueyes que en gran cantidad habían sido dispuestos en los altares y se los
17 repartió al ejército para el banquete. Tito en persona participó con sus oficiales de la fiesta durante tres días, luego envió al resto[7] de sus fuerzas allí donde le pareció más conveniente y a la décima legión le encomendó la guardia de Jerusalén sin mandarla de nuevo al Éufrates, que es donde
18 antes estaba[8]. Al recordar que la duodécima legión, que dirigía Cestio, se había retirado ante los judíos[9], la sacó de todo el territorio sirio, pues antes había estado en Rafanea[10], y la envió a la llamada Melitene[11], que está junto al Éufrates
19 en los límites de Armenia y Capadocia. Consideró oportuno que dos legiones, la quinta y la decimoquinta, se quedaran
20 con él hasta que llegara a Egipto. Bajó con su ejército a Cesarea Marítima, dejó allí el grueso del botín y ordenó poner

---

[7] La legiones V *Macedonica*, XII *Fulminata* y XV *Apollinaris;* cf. III 65 y V 41.

[8] Sobre la guarnición del Éufrates, véase nota a V 44.

[9] La derrota de la legión XII *Fulminata* a las órdenes de Cestio se ha narrado en II 500 ss.

[10] Ciudad de la Siria Superior, al noroeste de Emesa.

[11] Región y ciudad de Capadocia, a orillas del Éufrates, en la que se estableció uno de los campamentos fronterizos del Imperio. Trajano embellecerá y acrecentará la importancia de este enclave.

bajo custodia a los prisioneros de guerra, pues el invierno impedía navegar a Italia[12].

Vespasiano en Italia. Tito en Cesarea de Filipo

Cuando Tito César se hallaba dedica- 21
do al asedio de Jerusalén, Vespasiano em-
barcó en una nave mercante y viajó desde
Alejandría a Rodas. Desde allí navegó en 22
trirremes, pasó por todas las ciudades del
recorrido, que le recibieron con júbilo, se trasladó de Jonia a
Grecia y, luego, de Corcira[13] al promontorio de Yapigio[14],
desde donde continuó el trayecto por tierra. Tito partió de 23
Cesarea Marítima y se dirigió a la llamada Cesarea de Fili-
po, en la que permaneció durante mucho tiempo y donde
ofreció todo tipo de espectáculos. En esta ciudad perecieron 24
muchos prisioneros de guerra, unos fueron arrojados a las
fieras y a los demás se les obligó a luchar en grupos unos
contra otros, como si fueran enemigos[15]. En aquel lugar 25

---

[12] *Autobiografía* 417-421 añade algunos detalles que no están consignados en este relato, como es el hecho de la preocupación de Josefo por algunos de sus familiares y compatriotas. A petición del historiador Tito perdonó a tres de sus amigos que acababan de ser crucificados en el camino de Técoa.

[13] Actual isla de Corfú.

[14] La península Tarentina, en Apulia, en el extremo sudeste de Italia.

[15] Estas crueles diversiones romanas venían desarrollándose en territorio palestino desde épocas anteriores, aunque sin la participación en ellas de víctimas judías. A partir del reinado de Herodes son muchos los lugares en los que se levantaron anfiteatros (el de Jericó, I 666; Cesarea, I 415, y el de Alejandría, II 490), ya que este monarca era aficionado a organizar luchas de fieras, según recuerda *Antigüedades* XV 273. Las costumbres religiosas hebreas rechazaban la participación y la asistencia a estos espectáculos, como muy bien lo expresa el *Salmo* 1, 1-2; *I Macabeos* 1, 14-15; *II Macabeos* 4, 9-17 o el Talmud (*Berakot* IV 2, 7 d); en general sobre los espectáculos públicos en tierras judías véase nota a I 415.

Tito también se enteró de la captura de Simón, hijo de Giora, que tuvo lugar de la siguiente manera[16].

Simón es apresado

26 Este Simón, que estaba en la Ciudad Alta durante el asedio de Jerusalén, cuando el ejército romano llegó al interior de las murallas y devastó toda la ciudad, tomó entonces a sus amigos más fieles y con ellos también a unos picadores de piedra, así como la herramienta necesaria para su trabajo y provisiones que pudieran ser suficientes para muchos días, y con todos ellos se
27 escondió en un subterráneo que no estaba a la vista. Avanzaron dentro toda la profundidad de la antigua galería y, cuando se encontraron con tierra firme, la minaron con la esperanza de poder continuar más adelante y salvarse tras
28 hacer un agujero de salida en un lugar seguro. Sin embargo, la realidad de los hechos demostró que esta esperanza era falsa, pues cuando los minadores apenas habían avanzado un poco con dificultad, las provisiones estaban ya a punto
29 de acabarse, aunque las tenían racionadas. Entonces Simón, que pensaba engañar a los romanos dándoles un susto, se revistió de una túnica blanca, se abrochó encima un manto púrpura y salió de debajo de la tierra[17] en aquel mismo lu-
30 gar en el que antes estaba el Templo. Al principio, los que lo vieron se llenaron de asombro, luego se aproximaron a él
31 y le preguntaron quién era. Simón no les respondió nada, sino que mandó llamar a su general. Rápidamente corrieron a avisarle y se presentó Terencio Rufo, que tenía encomendado el mando del ejército. Éste se enteró por boca de Simón

[16] Esta captura se ha mencionado en VI 433.

[17] Para ello se sirvió de una de las múltiples galerías subterráneas que había debajo del Templo y de la ciudad de Jerusalén; cf. nota a VI 71.

de toda la verdad, le puso encadenado bajo custodia e informó a César de cómo había sido capturado. En castigo por 32
la crueldad que había ejercido contra sus conciudadanos, que él había dirigido con una tiranía tan terrible, Dios puso a Simón a merced de sus peores enemigos. No cayó en sus 33
manos a la fuerza, sino que se entregó voluntariamente al suplicio, después de que él mismo había ejecutado cruelmente a muchos judíos bajo la falsa acusación de pasarse a los romanos. En efecto, la maldad no escapa a la cólera de 34
Dios ni es débil su justicia, sino que el tiempo persigue a los que han actuado en contra de ella y da a los culpables su más severo castigo, cuando creían haberse librado ya de ella por no haber sido castigados inmediatamente. Esto es lo que aprendió Simón al caer bajo el furor de los romanos. Ade- 35
más, el hecho de que saliera de debajo de la tierra propició en aquellos días el descubrimiento de un gran número de otros sediciosos en las galerías subterráneas. Simón fue conduci- 36
do lleno de cadenas ante César, que había regresado a Cesarea Marítima. Este último ordenó que le guardaran para la celebración del triunfo que se preparaba en Roma.

Espectáculos con prisioneros judíos en Cesarea y Berito

Durante su estancia en Cesarea, Tito 37
festejó con esplendor el cumpleaños de su hermano[18], en cuyo honor ejecutó una gran cantidad de prisioneros judíos. El nú- 38
mero de los que perecieron luchando con las fieras, abrasados por las llamas y en peleas entre ellos alcanzó más de dos mil quinientos. No obstante, aunque les aniquilaban de múltiples formas, a los romanos esto les parecía un castigo menor. A continuación César llegó a Berito, 39

[18] Domiciano, nacido el 24 de octubre del año 51 d. C.

una ciudad fenicia colonia de los romanos[19]. Allí hizo una parada más larga y celebró con una brillantez aún mayor el aniversario de su padre[20] con magníficos espectáculos y con
40 otros dispendios que desplegó con ingenio. Al igual que ocurrió antes, también fue ejecutada una gran cantidad de prisioneros de guerra.

Los judíos de Antioquía

41 Por aquel entonces sucedió que los judíos, que se habían quedado en Antioquía, fueron acusados y corrieron el peligro de ser aniquilados, pues se alzó contra ellos la ciudad de los antioqueños a causa de las calumnias que entonces se habían levantado contra ellos y por los acontecimientos que habían tenido lugar no mucho
42 antes[21]. Hay que hablar brevemente sobre estos hechos, para que así sea más fácil la comprensión de lo que ocurrió después.

43 La nación judía estaba muy diseminada entre la gente de todo el orbe habitado, sobre todo estaba fusionada de una forma destacada en Siria por la proximidad de este país y era muy numerosa en Antioquía debido al tamaño de esta ciudad y, en especial, porque los reyes que sucedieron a Antíoco[22] habían procurado seguridad a los judíos para vivir
44 allí. Pues Antíoco, llamado Epífanes[23], devastó Jerusalén y

---

[19] Berito (Beirut) recibió el título de colonia con Augusto por su apoyo a Roma en las campañas bélicas de Oriente Próximo. Allí estuvieron asentadas las legiones V *Macedonica* y VIII *Augusta*.

[20] El 17 de noviembre Vespasiano cumplía sesenta y un años.

[21] Sobre la importante comunidad judía de esta ciudad puede consultarse la obra de G. Downey, *A History of Antioch in Syria,* Princeton, 1961, págs. 382 ss.

[22] Antíoco I Soter (280-261 a. C.), hijo de Seleuco I Nicator, fundador de la dinastía Seléucida.

[23] Antíoco IV Epífanes (175-164 a. C.).

saqueó el Templo[24], mientras que los que accedieron al trono después de él devolvieron a los judíos de Antioquía todas las ofrendas de bronce, las depositaron en su sinagoga[25] y les otorgaron participar de la ciudadanía en igualdad de condiciones que los griegos[26]. Los monarcas posteriores les 45
trataron de la misma forma, por lo cual los judíos aumentaron en número y embellecieron el Templo con ornamentos y con magníficas ofrendas[27]. Constantemente atraían a un gran

[24] En el 170 a. C.; cf. I 31 ss.

[25] La sinagoga, que más tarde será el centro del judaísmo, apenas aparece en la obra de Josefo (cf. II 285, *Contra Apión* II 75 o *Antigüedades* XIX 300), frente a las numerosas menciones en el *Nuevo Testamento*, en Filón de Alejandría y en las inscripciones. La sinagoga era conocida también con el nombre griego de *prosechné* y *proseuché* en la Diáspora (cf. Filón de Alejandría, *Contra Flaco* 41, 47-49, *III Macabeos* 7, 20, y *Autobiografía* 277), mientras que en Palestina se emplea el vocablo, también griego, *synagogé* (equivalente al hebreo *bet knesset),* referido aquí por nuestro historiador, y cuyo significado originario de «congregación» pasa en esta época a significar «casa de reunión». A juicio de algunos autores Josefo no muestra interés por las sinagogas, porque no llegó a comprender el movimiento sinagogal que en estos momentos cobraba fuerza; cf. G. F. Moore, *Judaism in the first century of the christian era. The age of Tannaim,* Cambridge, 1950, I, págs. 281-307, y A. Momigliano, «Cio che Flavio Giuseppe non vide», *Biblioteca di Storia Antica* 9 (1980), 9-21; en general sobre esta institución véase la compilación de trabajos de J. Gutman (ed.), *The Synagogue,* Nueva York, 1974.

[26] Según anota Josefo en *Contra Apión* II 39, fue Seleuco I Nicator el que concedió el derecho de ciudadanía a los judíos de Antioquía.

[27] En VI 335 se han descrito estas ofrendas. Este Templo sólo puede ser el de Jerusalén, él único al que podía venerar toda la nación judía. Sin embargo, tampoco podría descartarse del todo el hecho de que se tratara de la sinagoga de Antioquía, que pudo haber heredado alguno de los ornamentos del Templo de Jerusalén confiscados por Antíoco Epífanes. La unión entre el Templo y la propia existencia de los judíos era tan fuerte que se llegaron a erigir algunos templos al margen del de Jerusalén, como fue el de Leontópolis (cf. VII 421-425), el de los samaritanos del monte

número de griegos a sus ritos religiosos y de algún modo
46 éstos formaban ya parte de la comunidad judía[28]. En el preciso momento en que estalló la guerra, nada más desembarcar Vespasiano en Siria y cuando el odio contra los judíos
47 estaba en su punto álgido en todos los lugares[29], entonces un tal Antíoco, un judío muy respetado a causa de su padre, que era el jefe[30] de esta comunidad en Antioquía, entró en el teatro, cuando estaba reunida la asamblea de los antioquenos, y denunció a su padre y a otros bajo la acusación de que habían decidido quemar toda la ciudad en una sola noche. Asimismo entregó a algunos judíos extranjeros que ha-
48 bían sido cómplices de la conspiración. Cuando el pueblo escuchó estas palabras, no contuvo su cólera, sino que ordenó prender fuego inmediatamente a los culpables que les habían traído. Enseguida todos ardieron en el teatro. Luego
49 arremetieron contra la multitud judía, pues creían que la única manera de salvar a su patria era castigar con la mayor
50 rapidez a aquella gente. Antíoco alimentaba aún más su cólera e hizo sacrificios a la manera de los griegos, pues pen-

Garizim (cf. III 307) o el de Qasr el Abad en Transjordania, levantado por el Tobíada Hircano a finales del siglo III a. C.

[28] Éste es uno de los pocos testimonios, recogidos en la literatura, de proselitismo judío, al que hay que añadir el caso de las mujeres de Damasco reseñado en II 560. No obstante, el proselitismo judío era activo en Roma y en toda la cuenca del Mediterráneo, como parece testimoniar *Mateo* 23, 15 o *Contra Apión* II 282. Las mujeres eran las más adeptas a convertirse al judaismo: tal es el caso de Fulvia, una dama de la nobleza romana de Tiberio (cf. *Antigüedades* XVIII 82), y quizá el de la esposa de Nerón Popea (cf. *Antigüedades* XX 195); cf. E. M. SMALLWOOD, *The Jews under Roman Rule from Pompey to Diocletian*, Leiden, 1976, págs. 206 y 278.

[29] Cf. III 29 ss.

[30] Este magistrado, jefe de la comunidad judía, está atestiguado en ciudades de Asia y de Egipto. El cargo era anual y su elección tenía lugar en la fiesta de los Tabernáculos.

saba que esto demostraba su cambio y su odio contra las
costumbres judías. Ordenó que obligaran a los demás a ha- 51
cer lo mismo, pues de esta forma se pondría en evidencia a
los conspiradores al negarse a ello. Los antioquenos se sir-
vieron de esta prueba: pocos fueron los judíos que acataron
esta prescripción y los que no la aceptaron fueron ejecuta-
dos. Antíoco, que había recibido soldados de parte del gene- 52
ral romano, se comportó cruelmente con sus propios con-
ciudadanos: no les dejó cumplir con el descanso sabático[31],
sino que les obligó a realizar todas las tareas que hacían los
demás días[32]. Les forzó a ello con tanto rigor que el descan- 53
so del sábado no sólo fue abolido en Antioquía, sino que en
poco tiempo partiendo de allí se extendió igualmente a otras
ciudades[33].

El incendio de Antioquía

A estos males que acaecieron por 54
aquel entonces a los judíos de Antioquía
vino a añadírseles una segunda desgracia,
para cuya exposición hemos narrado los
acontecimientos precedentes. Cuando tu- 55
vo lugar el incendio del Mercado Cuadrado, de las residen-
cias de los magistrados, de los archivos y de las basílicas[34],

[31] Cf. nota a IV 99.

[32] Cf. nota a IV 99.

[33] *Antigüedades* XII 121 refiere el episodio de una revuelta antijudía en Alejandría, en la que la población gentil de la ciudad solicitó a Vespasiano y Tito la abolición de los derechos de ciudadanía de los judíos, que finalmente no fue otorgada por los príncipes romanos.

[34] Agusto, Agripa, Herodes y Tiberio embellecen esta ciudad, cuyo artífice había sido Antíoco IV, con diversas construcciones romanas: el mercado, ágora o foro del barrio de Epifania, la basílica de César, el panteón, un teatro, un anfiteatro, termas, templos y otros edificios públicos; véase el estudio de J. Lassus, «La ville d'Antioche à l'époque ro-

y cuando a duras penas se sofocó el fuego que con gran fuerza se extendía por toda la ciudad, entonces Antíoco
56 acusó de esta acción a los judíos. Aunque antes no hubieran tenido ninguna enemistad contra los hebreos, los habitantes de Antioquía, afectados por lo sucedido, enseguida habrían dado crédito a esta calumnia, pero ahora, con mucha más razón, por los hechos ocurridos anteriormente se inclinaron a creer las palabras de Antíoco, casi como si
57 ellos hubieran visto a los judíos propagar el fuego. Todos se lanzaron contra los acusados con una inmensa rabia
58 igual que si se hubieran vuelto locos. Con dificultad pudo contener sus ímpetus un tal Gneo Colega[35], legado del gobernador, que pidió permiso para informar a César de lo
59 ocurrido. Pues aún no había llegado Cesenio Peto[36], al que
60 había enviado Vespasiano como gobernador de Siria. Colega llevó a cabo una concienzuda investigación y descubrió la verdad: ninguno de los judíos acusados por Antío-
61 co había participado en los hechos, sino que algunos indiviudos criminales, forzados por las deudas que tenían, habían maquinado todo, pues pensaban que si prendían fuego al Mercado y a los archivos públicos, se librarían de
62 las reclamaciones. Por su parte los judíos, por las acusaciones que pesaban sobre ellos y por la incertidumbre sobre el futuro, se hallaban inmersos en un mar de terribles angustias.

---

maine d'après l'archéologie», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 8, 1977, págs. 54-102.

[35] Fue cónsul en el año 93 d. C.; cf. TÁCITO, *Agrícola* 44.

[36] Fue cónsul en el 61 d. C. Más adelante, VII 219 ss., se narrará su campaña contra Antíoco, rey de Comagene.

Vespasiano es aclamado en Roma

Tito César, cuando le llegó la noticia 63 de que su padre había sido recibido por muchas ciudades italianas como una persona anhelada y de que en especial Roma le había acogido con gran entusiasmo y brillantez, se llenó de una inmensa alegría y satisfacción y con mucho gusto se vio libre de las preocupaciones que por él tenía. Cuando Vespasiano aún se hallaba lejos, todos los 64 habitantes de Italia le estimaban en su interior, como si ya hubiera venido. Tantas eran las ganas que tenían de verlo que para ellos la espera de su visita significaba ya su llegada y sentían por él un afecto libre de toda coacción. Pues el Se- 65 nado, por el recuerdo de las desgracias ocurridas durante los cambios de emperadores[37], estaba muy deseoso de recibir a un príncipe investido del prestigio de la vejez[38] y de la gloria de las hazañas militares y además sabía que su ascenso al poder sería únicamente para la salvación de sus súbditos. Por su parte, el pueblo, cansado de las guerras civiles, de- 66 seaba aún con más ahínco que él viniera, pues esperaba entonces librarse plenamente de las calamidades y confiaba conseguir la seguridad al mismo tiempo que la prosperidad. El ejército era el que sobre todo tenía puestos sus ojos en él, 67 pues en especial los soldados conocían la magnitud de sus éxitos bélicos. Como ellos habían sufrido la incapacidad y la cobardía de los otros emperadores, deseaban desprenderse de tanto oprobio y pedían que se aceptara al único que podía salvarlos y devolverles el honor. Ante la buena disposición que había por parte de todos los personajes más emi- 68

[37] Cuatro emperadores, Nerón, Galba, Otón y Vitelio, entre los años 68 y 69.

[38] Vespasiano acababa de cumplir sesenta y un años (cf. VII 39), y su edad había sido uno de los elementos que había pesado en su aclamación como emperador; cf. IV 592.

nentes no pudieron esperar más, sino que se apresuraron a ser los primeros en saludarle a bastante distancia de Roma.
69 El resto de la gente no se resistió a aplazar su encuentro con Vespasiano, sino que todos en tropel salieron de la ciudad, pues les parecía que era más simple y fácil partir que quedarse. Fue entonces la primera vez que la ciudad tuvo la alegre sensación de quedarse sin sus habitantes, habida cuenta de que eran menos los que permanecieron en ella que los que
70 salieron. Cuando se dio la noticia de que Vespasiano estaba cerca y cuando los que se habían anticipado informaron de la afabiliadad con que él había tratado a todos ellos, el resto de la población sin excepción, junto con sus mujeres e hijos,
71 salieron a recibirlo a los caminos. La gente, a la que el emperador se iba acercando, por la alegría de verlo y la mansedumbre que se desprendía de su persona, profería todo tipo de exclamaciones y le llamaba benefactor, salvador y el único que era digno de ser emperador de Roma. Toda la ciudad, como un templo, estaba repleta de guirnaldas e in-
72 cienso. Una vez que a duras penas, a causa de la multitud que le rodeaba, pudo entrar en el palacio, él en persona hizo sacrificios a los dioses del hogar en acción de gracias por su
73 llegada. La multitud se dispuso a festejarlo. Se celebraron banquetes por tribus, familias y grupos de vecinos y suplicaron con libaciones a Dios[39] para que Vespasiano permaneciera durante el mayor tiempo posible en el principado de

---

[39] El sincretismo religioso de Flavio Josefo hace que incluso los propios romanos veneren al Dios hebreo, en lugar de a sus dioses patrios, aunque en este caso hay que contar con la divinización de la elección de Vespasiano y de los Flavios como emperadores, que nuestro autor viene argumentando a lo largo de toda la obra con ingredientes mesiánicos judíos. Nuestro autor anuncia una Roma eterna dentro la ideología difundida por el Imperio. En *Antigüedades* X 276-277, Flavio Josefo hace a Daniel profetizar la victoria de Roma sobre los judíos.

Roma y para que sus hijos y los descendientes de éstos con-
servaran siempre el poder sin que nadie se les opusiera. Así 74
recibió afectuosamente a Vespasiano la ciudad de Roma y
pronto llegó a una gran prosperidad.

Insurrección en Germania y en la Galia. Petilio Cereal y Domiciano

Antes de este momento, cuando Ves- 75
pasiano estaba en Alejandría y Tito con-
tinuaba con el asedio de Jerusalén, una
gran parte de los germanos fue inducida a
la rebelión[40]. Los galos vecinos hicieron 76
causa común con ellos y compartieron sus grandes esperan-
zas de liberarse también del yugo romano. A los germanos 77
les empujó a la rebelión y a emprender la guerra en primer
lugar su propia naturaleza, carente de buen juicio y dis-
puesta a lanzarse al peligro a la menor esperanza[41]. En se- 78
gundo lugar el odio que sentían hacia sus dominadores, pues
saben que su nación sólo ha sido sometida a la fuerza a la
esclavitud por los romanos[42]. Sin embargo, la ocasión del
momento es lo que más valor les dio de todo. En efecto, 79
veían que el Imperio Romano estaba agitado por dentro por
los continuos cambios de emperadores y sabían que todas
las regiones del mundo habitado, que estaba en su poder,
estaban expectantes y revueltas. Por tanto creyeron que a
causa de las desgracias y de las disensiones de los romanos
éste era para ellos el mejor momento. Dieron impulso a su 80
decisión y les abrumaron con esas esperanzas dos de sus je-

[40] Estos acontecimientos aparecen también en TÁCITO, *Historias* IV 12-37, 54-79 y V 14-26. Ahora bien, la rebelión de Germania y Galia no tienen nada que ver con la guerra de los judíos, sino que más bien parece un añadido de Josefo para ilustrar las hazañas de Vespasiano y Tito.

[41] Cf. TÁCITO, *Germania* XIV.

[42] Esta conquista ha sido recordada en el tan mencionado discurso del rey Agripa; cf. II 377-378.

fes, un tal Clásico y un tal Vitelio, que desde hacía mucho
81 tiempo ansiaban abiertamente esta revuelta. Enardecidos por la ocasión de la situación presente expusieron su plan y tenían la intención de poner a prueba a las enfervorizadas masas.
82 Cuando la mayoría de los germanos estaba ya de acuerdo con la revuelta y el resto no manifestó su oposición a ella, Vespasiano, como si le inspirara una Providencia divina, envió una carta a Petilio Cerealio[43], que había sido antes legado de Germania, en la que le concedía la dignidad consular y le encomemdaba partir para hacerse cargo del go-
83 bierno de Britania. Mientras Cerealio iba de camino hacia donde se le había mandado, se enteró de la rebelión de los germanos. Cayó sobre ellos, cuando ya estaban reunidos todos sus efectivos, les presentó batalla, mató a un gran número de ellos y les obligó a olvidarse de su locura y a entrar en
84 razón. Aunque Cerealio no se hubiera apresurado por llegar tan rápidamente a aquel lugar, los germanos iban a pagar su
85 castigo en un corto espacio de tiempo. Pues tan pronto como llegó a Roma la noticia de su revuelta, César Domiciano, enterado de ello, a diferencia de otras personas de su edad, pues era demasiado joven, no dudó en hacerse cargo
86 de un asunto de tan grande envergadura. Inmediatamente se puso en marcha contra los bárbaros, él que poseía el valor innato de su padre y que se había forjado una experiencia
87 superior a su edad. Los germanos, cuando oyeron hablar de su llegada, se asustaron y se entregaron a él, pues veían que el mayor beneficio que podían sacar de su miedo era caer de
88 nuevo bajo el mismo yugo sin sufrir más desgracias. Tras reestablecer el orden en todos los asuntos de la Galia de un

[43] Este pariente de Vespasiano, que había participado en la guerra de Britania, es enviado de nuevo a este lugar en el año 71 d. C. como gobernador; cf. TÁCITO, *Agrícola* VIII 17.

modo apropiado, de manera que en el futuro ya no sería fácil volver a sublevarse en aquella zona, Domiciano volvió a Roma con una gloria y una fama por sus hazañas, superiores a lo que era propio de su edad, pero dignas de su padre[44].

Los sármatas invaden Mesia. Rubrio Galo les hace frente

En los mismos días de la revuelta de 89
los germanos, que acabo de exponer, tuvo
lugar un acto de audacia de los escitas
contra los romanos. Entre los escitas, los 90
llamados sármatas[45], que eran muy nu-
merosos, cruzaron el Istro[46] sin ser vistos e invadieron la
otra orilla[47]. Cayeron contra los romanos con gran violencia
y dureza por lo absolutamente inesperado de su ataque y
mataron a muchos de los romanos de la guarnición. Ejecuta- 91
ron también al legado consular Fonteyo Agripa[48], que salió
a su encuentro a luchar valerosamente. Recorrieron todos
los territorios de la provincia asolando y saqueando cuanto
se encontraron. Cuando Vespasiano tuvo noticia de estos 92

---

[44] La actuación de Domiciano en estos hechos se presenta en términos bastante exagerados, en la conocida línea de propaganda flaviana de nuestro autor, si lo comparamos con el relato paralelo de Tácito, *Historias* IV 85-86, o el testimonio de Suetonio, *Domiciano* II.

[45] Los sármatas no eran escitas, pero desde el siglo III a. C. habían sometido a estos últimos y ocupaban el antiguo territorio escita de las grandes llanuras de la Europa oriental. El influjo cultural y político de Escitia se hacen sentir en un campo muy extenso, hasta el punto de que los autores de la Antigüedad, al confundir conceptos geográficos con étnicos, consideran escita, y posteriormente sármata, a todas las tribus que habitaban esta zona del este europeo.

[46] El Danubio.

[47] Tácito, *Historias* IV 54, simplemente menciona, sin dar más detalles, esta guerra de los sármatas.

[48] Procónsul de Asia en el año 69 y gobernador de Mesia en el 70; cf. Tácito, *Historias* III 46.

hechos y de la devastación de Mesia, envió a Rubrio Galo[49]
93 para castigar a los sármatas. Muchos perecieron a manos suyas en los combates y los supervivientes se refugiaron
94 llenos de miedo en su propia región. De esta forma el general puso fin al conflicto bélico y se preocupó de la seguridad futura, pues distribuyó por la comarca guarniciones más numerosas y más fuertes de modo que a partir de entonces
95 los bárbaros no pudieran atravesar el río. Así la guerra de Mesia tuvo un rápido desenlace.

Tito recorre Siria. Su estancia en Antioquía

96 Tito César permaneció durante un tiempo en Berito, según hemos dicho antes[50], desde allí se puso en marcha y en todas las ciudades de Siria, por las que pasó, ofreció fastuosos espectáculos, en los que hizo uso de los prisioneros judíos para que se mataran entre ellos a la vista de todos. Durante el trayecto vio un
97 río, cuya naturaleza merece la pena detallar. Éste discurre entre Arcea[51], en el reino de Agripa[52], y Rafanea, y presenta
98 una particularidad sorprendente. Es muy abundante su caudal, cuando fluye, y no es lenta su corriente, sin embargo de pronto durante seis días sus fuentes se agostan y ofrece todo
99 él el aspecto de un lugar seco. Luego, como si no se hubiera producido ningún cambio, en el séptimo día vuelve a fluir igual que antes. Se ha observado que siempre sigue exacta-

---

[49] TÁCITO, *Historias* II 51 y 99, cita a este personaje en la guerra de Otón contra Vitelio.

[50] Cf. VI 39.

[51] Ciudad del nordeste de Trípoli, en el Líbano, conocida ya desde el siglo XIV (cf. *Génesis* 10, 17 y *Antigüedades* I 138) e identificada con la actual Arqa; cf. ABEL, *Geógraphie...*, II, pág. 4.

[52] En la descripción del reino de Agripa, en III 56-58, no se menciona la ciudad de Arcea.

mente este orden, por lo que se le ha dado también el nombre de Sabático en alusión al séptimo día de la semana, que es sagrado para los judíos[53].

Cuando los habitantes de Antioquía se enteraron de que 100
Tito estaba cerca, por la alegría que tenían no aguantaron quedarse dentro de las murallas, sino que se apresuraron a salir a su encuentro. Avanzaron lejos de la ciudad más de 101
treinta estadios no sólo los hombres, sino también una multitud de mujeres junto con sus hijos. Nada más verle llegar, 102
colocados a ambos lados del camino, le tendieron sus manos, le saludaron con todo tipo de aclamaciones y se dieron la vuelta para ir con él a Antioquía. Entre todas estas acla- 103
maciones le pedían sin cesar que expulsara a los judíos de la ciudad. Tito no aceptó sus demandas, sino que escuchó sus 104
palabras en silencio. No obstante, los judíos tenían un gran y terrible miedo al no tener claro lo que él pensaba y lo que iba a hacer. Pues Tito no se quedó en Antioquía, sino que rá- 105
pidamente se puso en camino hacia Zeugma[54], en el Éufrates, donde acudieron también emisarios enviados por Vologeses[55], rey de los partos, para llevarle una corona de oro por su victoria sobre los judíos. Tito la aceptó, agasajó a la 106
delegación real con un banquete y desde allí retornó a Antioquía. El Senado y el pueblo de los antioquenos le pidie- 107
ron insistentemente que acudiera al teatro, donde le esperaba toda la población que allí se había congregado. Él ac-

[53] Plinio, *Historia natural* XXXI 24, describe las peculiaridades de este rio, pero en sentido contrario a como lo hace aquí Josefo, pues en el autor romano el río fluye dutrante todos los días de la semana excepto el sábado, en que se seca. Probablemente se trataría de una de tantas fuentes que manaban de forma intermitente en Siria y Palestina y que en este caso se ha llegado a identificar con el río Neba el Fuarr.

[54] En la orilla derecha del Éufrates superior, frente a Apamea, con la que estaba unido por medio de un puente de barcas.

[55] Vologeses I, del que se hablará con más detalle en VII 237 y 242.

108 cedió con amabilidad. Como de nuevo ellos le insistieron con mucha pertinacia y le pidieron repetidamente que echara a los judíos de la ciudad, él les dio la siguiente respuesta
109 atinada: «Pero es que su patria, donde era preciso enviarles, dado que son judíos, ha sido destruida y ya no hay ningún
110 lugar que pueda acogerlos.» Los antioquenos renunciaron a esta primera petición y le hicieron una segunda. Le solicitaron que acabara con las tablillas de bronce, en las que esta-
111 ban escritos los derechos de los judíos. Pero Tito no accedió tampoco a ello, sino que dejó como estaba anteriormente la situación de los judíos en el territorio de Antioquía y se dirigió a Egipto.

Tito se apodera de Jerusalén

112 En el trayecto se acercó a Jerusalén. Al comparar su triste aspecto abandonado frente al esplendor que antes tenía la ciudad, y al recordar la grandeza de las construcciones demolidas y la belleza de antaño
113 se lamentó por la destrucción de la ciudad. No se vanaglorió, como hubiera hecho otro, de haberla tomado por la fuerza, a pesar de ser tan grande y tan poderosa, sino que muchas veces había maldecido a los culpables de haber iniciado la revuelta y de haber propiciado este castigo contra Jerusalén. Así de claro era que no había querido hacer manifestación de su propio valor con las desgracias de la gente
114 que fue castigada[56]. Entre los escombros de la ciudad aún se encontró una cantidad no pequeña de las muchas riquezas
115 que en ella había. Los romanos desenterraron un gran número de ellas, la mayor parte las consiguieron por las indica-

[56] Hasta el final de la obra se mantiene la apología de Tito y se destacan sus cualidades humanas, en especial la compasión; cf. apartado 5 de la Introducción.

ciones que les dieron los prisioneros de guerra: oro, plata y otros objetos de gran valor que sus dueños habían escondido bajo tierra en previsión de los inciertos avatares de la guerra.

Tito se dirige a Roma

Tito continuó el viaje fijado a Egipto 116
y llegó a Alejandría tras atravesar lo más
rápidamente posible el desierto[57]. Como 117
decidió navegar hasta Italia, volvió a enviar las dos legiones[58] que le acompañaban a los lugares de donde procedían: la quinta a Mesia y la
decimoquinta a Panonia. Entre los prisioneros de guerra eli- 118
gió a sus jefes, Simón y Juan, y otros setecientos hombres, que destacaban por su estatura o belleza, y ordenó conducirlos inmediatamente a Italia, pues quería llevarlos consigo
en la celebración del triunfo. Cuando concluyó la travesía 119
por mar según era su deseo, Roma le dio una acogida y un recibimiento igual a lo que había hecho con su padre[59], aunque para Tito lo más glorioso fue que su padre en persona
saliera a su encuentro a recibirlo. La multitud de los ciuda- 120
danos se llenó de una alegría sobrenatural al ver juntos entonces a los tres príncipes[60].

---

[57] Este trayecto, incluido el mencionado desierto, ha sido descrito en IV 659-663. SUETONIO, *Tito* V, narra el viaje de Jerusalén a Egipto y la noticia de que Tito se ciñó en Menfis la diadema, según uno de los ritos de Apis, y que a raíz de ello corrió el rumor de que pretendía coronarse emperador de Oriente. Tras las escalas de Regio y Puteoli, Tito llegó a Roma, donde Vespasiano se sorprendió de la rápida llegada de su hijo, que quería desmentir en persona los falsos rumores.

[58] La V y la XV; cf. VII 19.

[59] Cf. VII 63 ss.

[60] Vespasiano, Tito y Domiciano.

Triunfo de Vespasiano y Tito

121 No muchos días después determinaron celebrar en común un solo triunfo por sus victorias, aunque el Senado había decidido por votación festejar uno para cada
122 uno de ellos. Cuando llegó el día fijado en el que iba a tener lugar la solemne procesión de la victoria, ninguno de los numerosísimos habitantes de la ciudad se quedó en casa, sino que todos salieron fuera y ocuparon los lugares donde sólo podían caber de pie, sin dejar más que el espacio necesario para que pasara la comitiva que iban a ver.

123 Todo el ejército, por centurias y cohortes, a las órdenes de sus jefes salió cuando aún era de noche y se detuvo no en las puertas del palacio de arriba[61], sino cerca del templo de Isis[62], pues es allí donde habían pernoctado entonces los
124 emperadores. En el momento en que ya amanecía salieron Vespasiano y Tito coronados con laurel y revestidos con los tradicionales ropajes de púrpura y se dirigieron a los Pórti-
125 cos de Octavia[63]. Allí aguardaban su llegada el Senado, los magistrados de alto rango y los miembros del orden ecues-
126 tre. Se había erigido delante de los pórticos una tribuna, en la que había sillas de marfil para los príncipes. Éstos se acercaron y se sentaron en ellas. Enseguida el ejército los aclamó y todos dieron numerosos testimonios de su valor. Los príncipes no llevaban armas, estaban revestidos de seda
127 y coronados de laurel. Vespasiano, después de recibir los vítores de sus súbditos, que aún querían manifestarle más, hi-

[61] El palacio del Palatino.

[62] El Templo de Isis y Serapis había sido construido por Calígula en el año 38 en el Campo de Marte.

[63] Cecilio Metelo erigió en el 147 a. C. estos pórticos en la ladera oeste del Capitolio, junto al teatro de Marcelo. Augusto los reconstruyó y dedicó a su hermana Octavia en el 23 a. C.

zo una señal de silencio. Se produjo entonces en todos una 128
profunda calma; él se levantó, se cubrió con el manto la mayor parte de la cabeza y pronunció las acostumbradas oraciones. Lo mismo hizo también Tito. Después del rezo 129
Vespasiano dirigió a todos los congregados unas breves palabras y dejó ir a los soldados a tomar el banquete que se acostumbra a ofrecerles por parte de los emperadores. Él 130
mismo se retiró hacia la puerta que recibe su nombre por el hecho de que por ella pasan siempre las comitivas del triunfo[64]. Allí los tres comieron algo, se pusieron las vestimentas 131
triunfales, hicieron sacrificios a los dioses que están situados junto a la puerta y llevaron la procesión del triunfo a través de los teatros, para que la multitud pudiera verlo con mayor facilidad.

El cortejo triunfal en Roma[65]

Es imposible describir, como se me- 132
rece, la cantidad de aquellos espectáculos y su magnificencia en todo lo que uno podría imaginarse por sus obras de arte, por sus diversos tipos de opulencia y por su peculiar naturaleza. Pues aquel día se habían reunido pa- 133

[64] La *Porta Triumphalis*, que seguramente estaba situada entre la *Porta Flumentana* y la *Porta Carmental*, no lejos del río Tíber (para su localización véase L. Richardson, *A New Topographical Dictionary of Ancient Rome*, Londres, 1992, pág. 301). En este punto es donde los generales romanos vencedores, tras pasar por la *Via Triumphalis*, deponían los haces y el *imperium* y entraban en la ciudad; cf. Cicerón, *Contra Pisón* 55, Tácito, *Anales* I 8, Suetonio, *Augusto* 100, y Dión Casio, LVI 42.

[65] Sobre el ritual e itinerario de este acto, civil y religioso, de acción de gracias del vencedor en honor a Júpiter Óptimo Máximo pueden consultarse las obras de E. Makin, «The triumphal route with particular reference to the Flavian Triumph», *Journal of Roman Studies* 11 (1921), 25-37, y H. S. Versnel, *Triumphus. An inquiry into the origin, development and meaning of the Roman Trumph*, Leiden, 1970.

ra demostrar la grandeza del Imperio romano casi todas las riquezas que alguna vez han tenido los hombres más felices, objetos asombrosos y muy valiosos, conseguidos uno a uno
134 y en diversos lugares. Se podía ver una gran cantidad de plata, oro y marfil labrada en todo tipo de formas, que no era transportada como en una procesión, sino que, por así decirlo, corría como el caudal de un río. Se llevaban tejidos de la más extraña púrpura y otros bordados con la técnica babilonia con representaciones figurativas de gran realismo.
135 Eran tantas las piedras preciosas transparentes que había en el cortejo, unas engastadas en coronas de oro y otras en diversas joyas, que no tendría sentido que consideráramos a
136 ninguna de ellas como una rareza. Asimismo eran transportadas las estatuas de sus dioses[66], admirables por su grandeza y realizadas con un arte de gran nivel. Ninguna de ellas estaba hecha de un material que no fuera precioso. Iban muchas especies de animales, recubiertos todos ellos de los or-
137 namentos apropiados. Igualmente iba revestida de ropajes de color púrpura y tejidos con oro la multitud de hombres que transportaban cada uno de estos grupos de animales. Los que habían sido seleccionados para ir en la propia comitiva del triunfo llevaban sobre ellos una vestimenta mara-
138 villosa y muy suntuosa que destacaba sobre el resto. Además se podía contemplar cómo la muchedumbre de los prisioneros de guerra iba bien ataviada. La variedad y belleza de sus ropajes no dejaban ver la angustia que producían
139 la vejaciones sufridas en sus cuerpos. Lo que más admiración causaba del desfile triunfal era la disposición de los ta-

---

[66] Se refiere a los dioses romanos, lo que indica que en este caso concreto Josefo se presenta como un judío, no como un romano. Sobre el conflicto de nuestro autor a la hora de escribir su historia como un judío, como un romano, como un griego o como un «extranjero», véase nota a V 17.

blados[67] que llevaban, pues a causa de su tamaño provoca-
ban temor y desconfianza por su seguridad durante su trans-
porte. Muchos de ellos estaban compuestos de tres y cuatro 140
pisos, y la suntuosidad de su estructura producía a la vez
placer y miedo. Gran parte de estos andamiajes estaban re- 141
cubiertos de telas de oro y todos estaban rodeados por incrus-
taciones de oro y marfil tallado. La guerra, que aparecía re- 142
presentada en sus diversos episodios por muchas escenas,
propiciaba un visión muy realista de sí misma. Se podía con- 143
templar un país próspero devastado, escuadrones de enemi-
gos muertos al completo, unos que huían y otros que eran
llevados como prisioneros, murallas de una altura extraordi-
naria demolidas por las máquinas, fortificaciones muy sóli-
das conquistadas, recintos de ciudades llenos de gente to-
talmente arrasados, un ejército que penetraba en el interior 144
de los muros, un lugar totalmente sembrado de muerte, las
súplicas de los enemigos que no eran capaces ni de levantar
sus brazos, el fuego que ardía en los templos, casas que se
venían abajo encima de sus dueños, y, tras una gran desola- 145
ción y abatimiento, se podían contemplar ríos que corrían
no a través de una tierra cultivada ni servían para beber a los
hombres ni a los animales, sino que lo hacían por medio de
una región que ardía en llamas por todos lados. Esto era lo
que iban a sufrir los judíos por haberse entregado a la gue-
rra. El arte y el gran tamaño de estas reproducciones mos- 146
traban los acontecimientos a los que no los habían visto,
como si hubieran estado presentes en ellos. Sobre cada uno 147
de los decorados estaba representado el general de la ciudad
conquistada, tal y como había sido capturado. Detrás seguían

[67] El término griego es *pḗgmata,* o el latinizado *pegma,* que se utiliza para designar las máquinas y escenarios teatrales móviles.

148 muchas naves[68]. Los demás despojos iban todos juntos sin orden, pero de entre ellos destacaban los que habían sido cogidos del Templo de Jerusalén: una mesa de oro[69], cuyo peso era de varios talentos, y un candelabro también de oro, que tenía una forma diferente de la que acostumbramos a
149 usar nosotros[70]. La barra central partía de un pie y de ella salían unos delgados brazos, cuya disposición era muy parecida a la de un tridente, y cada uno de ellos tenían en su extremo una lámpara hecha de bronce. Estos brazos eran siete, para aludir al valor que este número siete tiene entre
150 los judíos[71]. A continuación era transportado el último de los
151 despojos, la Ley de los judíos[72]. Detrás marchaban muchos hombres que llevaban las estatuas de la Victoria, todas ellas
152 hechas de marfil y oro. A continuación desfilaba en primer lugar Vespasiano y en segundo lugar Tito; Domiciano cabalgaba con ellos, vestido con distinción y con un caballo que era digno de verse[73].

---

[68] Con estas naves se quería conmemorar la famosa batalla naval del lago de Gennesar; cf. III 522 ss.

[69] La mesa de los doce panes de la proposición; cf. V 217.

[70] Estos objetos han sido descritos en V 216 ss. y actualmente pueden verse en los relieves del Arco de Tito en Roma, levantado tras la muerte del emperador por Domiciano en el año 85.

[71] El número siete y sus múltiplos simbolizan la idea de abundancia, de perfección y de totalidad. Es la cifra sagrada por excelencia. Con ella se rige el curso del tiempo: la semana (*Éxodo* 31, 15) o el año sabático (*Levítico* 25, 1.7). Asimismo, el número siete aparece con frecuencia en rituales y se asocia a objetos sagrados (cf. *Levítico* 1, 6-17 y *Tobías* 12, 15); cf. M. Lurker, *Wörterbuch Biblischer Bilder und Symbole = Diccionario de imágenes y símbolos de la Biblia*, Córdoba, 1987, págs. 213-214.

[72] El propio Josefo había pedido salvar otros ejemplares de esta Ley, es decir, de los libros del Pentateuco, después de la destrucción de Jerusalén; cf. *Autobiografía* 418.

[73] Cf. Suetonio, *Domiciano* II.

Ejecución de Simón

La procesión triunfal acabó en el templo de Júpiter Capitolino. Llegados allí se detuvieron, pues una antigua costumbre de la patria mandaba permanecer en ese lugar hasta que se anunciara la ejecución 153
del general de los enemigos. Éste era Simón, el hijo de Gio- 154
ra, que entonces había desfilado entre los prisioneros de guerra. Con una cuerda al cuello lo arrastraron hacia un lugar sobre el Foro[74], mientras era azuzado por los que le llevaban. Existe una ley romana que prescribe ejecutar allí a los que han sido condenados a muerte por sus crímenes.
Cuando se dio a conocer que ya había muerto, todos acla- 155
maron y comenzaron los sacrificios. Los príncipes, después de celebrarlos con las acostumbradas oraciones, se retiraron
al palacio. Éstos invitaron a determinadas personas a un 156
banquete, mientras que todos los demás tenían dispuestos en
su casa los preparativos para el festín. Pues la ciudad de 157
Roma celebró ese día la victoria de su ejército sobre los enemigos, el final de sus discordias civiles y el comienzo de sus esperanzas de prosperidad[75].

---

[74] La cárcel Mamertina, al noroeste del Foro. En la estancia superior aguardaban los acusados la celebración del juicio, mientras que en la inferior, llamada *Tullianum*, estaban los presos por delitos capitales y allí solían ser ejecutados.

[75] Vespasiano y Tito acuñaron monedas con el lema *Judaea capta, Juadaea victa*, en las que estaba representada una mujer llorosa sentada bajo una palmera y detrás de ella un legionario romano. Dión Casio, LXVI 7, 2, sugiere que los Flavios no tomaron el apelativo de *Judaicus* por la existencia de la Diáspora judía a lo largo y ancho del Imperio romano; una discusión sobre este aspecto puede verse en P. Kneissl, *Die Siegestitulatur der römischen Kaiser*, Gotinga , 1969, pág. 42, y Smallwood, *The Jews...*, págs. 329-330.

Erección del Templo de la Paz

158 Después de festejar el triunfo y de consolidar con firmeza el Imperio romano, Vespasiano decidió levantar un templo a la Paz[76]. En muy poco tiempo se terminó esta construcción, que presentaba un aspecto por encima de lo que podía concebir la
159 mente humana. Utilizó en él las extraordinarias riquezas de su propiedad y, además, lo embelleció con las obras más destacadas de la Antigüedad en pintura y escultura.
160 En efecto, en aquel templo fueron reunidos y expuestos todos los objetos que antes los hombres para verlos tenían que recorrer todo el orbe habitado, porque deseaban contemplar estas piezas, que estaban unas en un país y otras
161 en otro. También colocó allí como ofrenda los vasos de oro del Templo de los judíos, de los que estaba orgullo-
162 so[77]. Ordenó guardar en su palacio la Ley hebrea[78] y los velos de púrpura del santuario[79].

[76] El Templo de la Paz fue levantado en el año 75, según noticia de Dión Casio, LXV 15, al sudeste del Foro, entre la *Via Sacra* y la *Via Carinae*. Este evento es unos de los argumentos utilizados para fechar la composición de la obra; cf. el apartado 3 de la Introducción. Un incendió destruyó este templo en tiempos de Cómodo (cf. Herodiano I 14, 2).

[77] Williamson, en su traducción, anota cómo estos objetos fueron robados por los vándalos y llevados al norte de África en el 455, recuperados en Constantinopla en el 534 por Belisario y cómo luego han permanecido en una iglesia de Jerusalén hasta el siglo x, fecha en que ya no se vuelve a saber nada de ellos.

[78] Cf. VII 150.

[79] Cf. V 212, 219 y VI 389-390.

Lucilio Baso toma la fortaleza del Herodio. Descripción de Maqueronte y sus alrededores

Lucilio Baso, que había sido enviado 163
como legado a Judea y que había recibido el ejército de manos de Cereal Vetiliano[80], conquistó la fortaleza del Herodio[81]
con sus ocupantes. A continuación deci- 164
dió ir contra Maqueronte[82] con la legión décima y con todas las tropas que había reunido, pues estaban dispersas en numerosos destacamentos. Era muy necesario destruir esta fortaleza, para que la sólida posición de
este lugar no empujara a rebelarse a muchos judíos. Efecti- 165
vamente, la naturaleza del lugar era muy apropiada para producir en los que la ocupaban una firme esperanza de sal-
vación, así como dudas y miedo en sus atacantes. Pues la 166
parte amurallada es una altura rocosa tan elevada que hace imposible su expugnación y, por su parte, la naturaleza ha-
bía procurado que también fuera inaccesible. Por todos los 167
lados estaba rodeada por barrancos cuya profundidad era insondable, y no era posible atravesarlos fácilmente ni relle-
narlos con terraplenes por ningún sitio. El valle que bordea- 168
ba la fortaleza por occidente se extendía sesenta estadios[83] y acababa en el lago Asfaltitis[84]. La misma Maqueronte tenía en esta dirección su cima más elevada, que destacaba sobre
todas las demás. Los barrancos del Norte y del Sur eran de 169
una dimensión inferior a la del que acabamos de describir,
aunque también era imposible atacar a través de ellos. La pro- 170

[80] Aunque los manuscritos transmitan la lectura de Vetiliano, el personaje no puede ser otro que Sexto Cereal Vetuleno, legado de la quinta legión durante el ataque del monte Garizim; cf. III 307-315.

[81] Cf. nota a IV 518.

[82] Esta fortaleza, situada en la extremidad nordeste del Mar Muerto, era una de las más importantes de Judea, según la opinión de Plinio, *Historia natural* V 16, 72; cf. también *Antigüedades* XVIII 119.

[83] Poco más de 11 kilómetros.

[84] Otro de los nombres dados al Mar Muerto.

fundidad del barranco de la parte oriental no era menor de cien codos[85] y acababa junto a una montaña que estaba situada enfrente de Maqueronte.

171 El rey de los judíos, Alejandro[86], cuando observó esta situación natural del lugar, fue el primero que levantó allí una fortaleza, que luego destruyó Gabinio[87] en su lucha
172 contra Aristobulo. Herodes, durante su reinado, consideró que este lugar era el que merecía más atención de todos para ser fortificado con solidez a causa de su proximidad con los árabes, ya que estaba situado en un punto estratégico frente
173 al país de aquéllos. Rodeó con murallas y torres un amplio espacio y edificó allí una ciudad, desde donde un camino
174 subía a la parte alta. La cima la rodeó también de una muralla y en sus esquinas colocó torres de sesenta codos cada
175 una de ellas. En medio del recinto construyó un magnífico
176 palacio por la grandeza y belleza de sus aposentos. En los lugares más apropiados dispuso numerosas cisternas que recogieran el agua de la lluvia y que pudieran suministrarla con abundancia, como si de esta forma él mismo quisiera rivalizar con la naturaleza para superar con fortificaciones hechas por el hombre la inexpugnabilidad de aquel lugar.
177 Además guardó en este lugar una gran cantidad de armas arrojadizas y de máquinas de guerra y pensó en dejar preparado a sus habitantes todo lo que podía darles valor para hacer frente a un asedio muy largo.

178 En el palacio estaba plantada una ruda, digna de admiración por su tamaño, pues su anchura y altura no eran meno-
179 res a las de una higuera. Se decía que este vegetal existía ya

[85] Sobre el empleo de esta medida en la obra de Josefo veáse nota a V 36.

[86] Alejandro Janeo (107-78 a. C.); cf. I 85 ss. y *Antigüedades* XIV 83.

[87] Fue legado de Pompeyo en la guerra contra Aristobulo (cf. I 140) y gobernador de Siria entre los años 57-55 a. C. (cf. I 160 ss.).

desde la época de Herodes y posiblemente habría durado
más tiempo, si los judíos que se asentaron en este lugar no
la hubieran cortado. En el barranco que rodea la ciudad por 180
el norte hay un lugar llamado Baara[88], que produce una raíz
que lleva su mismo nombre. Tiene el color parecido al del 181
fuego; al atardecer produce unos resplandores que hacen
que no sea fácil cogerla por parte de los que se acercan y
quieren arrancarla, sino que se escapa y no se queda quieta
hasta que no se derrama sobre ella orina de mujer o sangre
de menstruación[89]. No obstante, también entonces los que la 182
tocan tienen una muerte segura, a no ser que se dé la cir-
cunstancia de que lleven la mencionada raíz colgada de la
mano. También se la puede cortar sin peligro de la siguiente 183
forma: se excava en círculo alrededor de la planta, de forma
que sólo quede enterrada una parte muy pequeña de la raíz.
Después se le ata un perro y, cuando éste se lanza para per- 184
seguir a la persona que lo ha amarrado, la arranca fácil-
mente. El perro muere inmediatamente, como víctima, en
lugar de aquel que iba a cortar la planta. Así, los que la co-
gen después no tienen ya que temer nada. A pesar de tantos 185
peligros, esta planta es muy buscada por una única cualidad:
con sólo acercarla enseguida expulsa de los enfermos los
llamados demonios, es decir, los espíritus de los hombres
malvados que se introducen en los vivos y los matan, si no
se les ayuda. En este lugar fluyen fuentes de aguas calientes 186
que tienen sabores muy diferentes unas de otras, pues unas

[88] Este lugar, conocido también con el nombre de Bares o Baaru, se ha identificado con las aguas termales del actual Wadi Zerqa Main, al norte del desfiladero de Maqueronte; cf. Eusebio, *Onomástico* XLV-XLVI, y Abel, *Geógraphie...*, I, págs. 200 y 460.

[89] En la descripción del Mar Muerto, IV 480, la orina de mujer y la sangre menstrual también tienen la propiedad de despegar el asfalto de sus aguas.

187 son amargas y otras muy dulces. Hay también numerosos manantiales de aguas frías, que no sólo tienen sus fuentes
188 unas junto a otras en las zonas más bajas, sino que, lo que es aún más admirable, cerca se puede ver una cueva poco pro-
189 funda, protegida por arriba por una roca que sobresale. Encima de ella se alzan dos especies de senos, poco distantes el uno del otro. De uno nace una fuente de agua muy fría y del otro otra muy caliente, que al mezclarse propician un baño muy agradable que cura las enfermedades, muy especialmente las relacionadas con los nervios. Este lugar posee también minas de azufre y de alumbre.

El asedio de Maqueronte por Baso

190 Después de examinar el terreno, Baso decidió hacer una incursión cubriendo de tierra el barranco oriental. Se hizo cargo de las obras y se esforzó por levantar pronto el terraplén y por medio de él lle-
191 var a cabo un fácil asedio. Los judíos, que estaban sitiados en el interior de Maqueronte, se separaron de los extranjeros[90] y les obligaron a quedarse en la parte baja de la ciudad y a exponerse al peligro los primeros, pues consideraban
192 que eran una multitud inútil. Mientras, ellos se apoderaron y permanecieron en la fortaleza a causa de la solidez de su fortificación y en previsión de su propia salvación, ya que creían que, si entregaban la ciudad a los romanos, consegui-
193 rían su perdón. Pero antes querían poner a prueba las esperanzas que ellos tenían de huir del asedio. En consecuencia, todos los días hacían salidas llenos de valor. Muchos de ellos perecieron al entrar en combate con los soldados que trabajaban en los terraplenes, aunque también mataron a

[90] Seguramente se trata de los nabateos, que ocupaban las regiones limítrofes.

numerosos romanos. En la mayoría de los casos era la oca- 194
sión del momento la que decidía la victoria en uno y otro bando: en el caso de los judíos, cuando caían sobre los enemigos en un momento de descuido, y en el caso de los romanos que se hallaban en los terraplenes, cuando tomaban precauciones y hacían frente al ataque bien protegidos. Sin 195
embargo, el final del asedio no iba a tener lugar en estas refriegas, sino que un hecho fortuito ocurrido de forma inesperada obligó a los judíos a entregar la fortaleza. Entre la 196
gente sitiada en la ciudad había un joven, llamado Eleazar, dotado de una valiente audacia y de una fuerza emprendedora. Este individuo se había distinguido en las incursiones 197
anteriores, pues había exhortado a muchos a salir a impedir la realización de los terraplenes y en los combates había infligido numerosas y terribles pérdidas a los romanos. También hacía más fácil el ataque de los que se atrevían a acompañarle y les procuraba una retirada sin peligro, al ser él el último en abandonar el lugar. No obstante, en una oca- 198
sión, finalizada una batalla y retirados ya los soldados de uno y otro bando, Eleazar, que con desprecio pensaba que ya no había ningún enemigo que volviera a emprender la lucha, se quedó fuera de las puertas y se puso a hablar con los que estaban encima de la muralla con toda su atención puesta en aquéllos. Un soldado de las líneas romanas, Rufo, 199
de origen egipcio, vio la ocasión y de repente, sin que nadie lo esperara, fue corriendo con sus hombres, lo levantó en alto junto con sus armas y no paró hasta llevarlo al campamento romano, mientras que los que lo veían desde la muralla se quedaron paralizados de espanto. El general ordenó 200
traer al judío desnudo y llevarlo a la posición que fuera más visible para los que miraban desde la ciudad y le azotó con látigos. El sufrimiento de este joven afectó intensamente a los judíos. Toda la ciudad lloró por él y su lamento fue ma-

yor de lo que cabía esperar por la desgracia de un solo hom-
201 bre. Cuando Baso vio esta reacción, dio inicio a una estratagema contra los enemigos. Quería intensificar su dolor, para que se vieran forzados a entregar la ciudad a cambio de la salvación de Eleazar. Y, en efecto, sus esperanzas se cumplie-
202 ron. Mandó levantar una cruz[91], como si en ella fuera a colgarse inmediatamente a Eleazar, y así produjo una angustia aún mayor en los que observaban este espectáculo desde la fortaleza. Ellos gritaron y gimieron que no podían soportar
203 este inmenso sufrimiento. Entonces Eleazar les pidió que no le dejasen soportar la más cruel de las muertes y que se rindieran a la fuerza y a la Fortuna de los romanos, ahora que ya todos estaban en sus manos, para así obtener su propia
204 salvación. Los judíos se conmovieron ante sus palabras y, ante los muchos ruegos que por él hicieron dentro de la ciudad, ya que Eleazar pertenecía a una importante y numerosa familia, cedieron a la compasión en contra de su índole na-
205 tural. Rápidamente eligieron y enviaron a algunos emisarios para negociar la entrega de la ciudad con la petición de que les dejaran abandonar Maqueronte sanos y salvos y llevarse
206 de allí a Eleazar. Los romanos y su general aceptaron estas condiciones, si bien la gente que estaba en la ciudad baja[92], al enterarse de que los judíos habían hecho el acuerdo de forma particular, decidieron huir en secreto por la noche.
207 Cuando éstos abrieron las puertas, los judíos que habían negociado el tratado se lo comunicaron a Baso, ya sea porque sentían envidia de que éstos se salvaran o para que no se les
208 echara a ellos la culpa de su huida. Los más valientes de los que salieron de la ciudad tuvieron tiempo de abrirse camino

[91] Sobre la práctica de este suplicio entre los judíos véase la nota a IV 317.

[92] Los extranjeros citados en VII 191.

y escapar, mientras que fueron degollados mil setecientos hombres de los que quedaron dentro y esclavizados las mujeres y los niños. Sin embargo Baso, que era consciente de que había 209 que respetar los acuerdos hechos con los que habían entregado la fortaleza, los dejó marchar y les devolvió a Eleazar.

Batalla de Jardes

Solucionado este problema, Baso se 210 dirigió con su ejército al bosque llamado Jardes[93], puesto que le había llegado la noticia de que allí se habían reunido muchos de los que antes se habían fugado del asedio de Jerusalén y del de Maqueronte. Cuando llegó 211 al lugar y se percató de que la noticia no era falsa, empezó por rodear todo el terreno con jinetes, para que la caballería hiciera imposible la huida a los judíos que osaran abrirse camino. A los soldados de infantería les encomendó talar el bosque en el que aquéllos se habían refugiado. Por ello los 212 judíos se vieron obligados a realizar alguna acción heroica, pues tal vez podrían huir si se arriesgaran en una lucha audaz. Así, todos en tropel con grandes gritos se lanzaron y cayeron sobre los que les cercaban. Los romanos resistieron 213 con fuerza. La batalla duró mucho tiempo, porque los unos actuaban con una gran desesperación y los otros por el deseo de obtener la victoria. Sin embargo, el desenlace del combate no fue el mismo para ambos contendientes. De to- 214 dos los romanos perdieron la vida doce y unos pocos fueron heridos, mientras que ninguno de los judíos escapó de esta refriega, sino que murieron todos, que no eran menos de tres mil. Entre ellos perdió también la vida su general, Judas, el 215

[93] Este bosque, situado en algún lugar de la Transjordania, no ha sido identificado.

hijo de Ari, del que antes hemos dicho[94] que estaba al frente de un destacamento en el asedio de Jerusalén y que se escapó sin ser visto al meterse por una de las minas subterráneas.

Vespasiano impone un tributo a los judíos

216 Por aquel mismo tiempo Cesar envió una carta a Baso y a Laberio Máximo, que era el procurador, con la orden de
217 arrendar todo el territorio judío. No fundó allí ninguna ciudad, sino conservó esta región como propiedad personal[95]. Solamente concedió a ochocientos veteranos del ejército una zona para establecerse en ella, llamada Emaús, a treinta estadios de Jerusalén[96].
218 Por otra parte, impuso a los judíos, en cualquier sitio donde estuvieran[97], un impuesto de dos dracmas cada uno que ordenó entregarlo todos los años en el Capitolio, como antes

[94] En VI 92 se cita a este zelote, aunque no se menciona su huida.

[95] Judea era propiedad personal del emperador, que la administraba por medio de un representante suyo, un *procurator,* como era este Laberio Máximo, o un *legatus Augusti pro praetore,* como era habitual en las provincias imperiales.

[96] Esta Emaús no es la citada en II 63, conocida también por el nombre de Nicópolis, sino la Emaús bíblica (cf. *Lucas* 24, 53), la actual Qulonieh (la romana Colonia), a 8 kilómetros al sur de Jerusalén; sobre los problemas de identificación de este enclave, véase Schürer, *Historia...,* I, págs. 654-655.

[97] Es decir, la Diáspora, que de esta forma recibía un reconocimiento oficial por las autoridades imperiales. Paradógicamente esta Diáspora permitió a los judíos sobrevivir a la conquista romana y a la catástrofe bélica de los años 66 al 74. Más allá de Palestina y de las zonas limítrofes las consecuencias de la guerra entre la población judía fueron más bien modestas, al igual que lo había sido la participación de la Diáspora en la guerra; cf. Smallwood, *The Jews...,* págs. 356-388.

lo habían hecho en el Templo de Jerusalén[98]. Ésta era la situación de los judíos en aquel momento[99].

Antíoco, rey de Comagene, acusado de conspiración

219 En el cuarto año del reinado[100] de Vespasiano aconteció que Antíoco, rey de Comagene[101], y toda su familia sufrieron tremendas desgracias por la siguiente causa. Cesenio Peto, que entonces era go- 220
bernador de Siria, ya sea porque dijo la verdad o por el odio que sentía hacia Antíoco, pues no se aclaró totalmente la realidad de los hechos, envió una carta a César. En ella de- 221

[98] Por prescripción bíblica todo judío adulto tenía que pagar el impuesto de medio siclo, dos dracmas, para contribuir al mantenimiento del Templo; cf. *Éxodo* 30, 13; *Nehemías* 10, 32 (sólo se habla de medio siclo); *Mateo* 17, 24 y *Antigüedades* XVIII 312. Roma mantiene este *iudaicus fiscus* y lo transfiere al templo de Júpiter Capitolino, ya que el templo de Yahveh ha desaparecido. Domiciano cometió una serie de abusos en la percepción de este impuesto hasta que Nerva reestableció la situación anterior, como anotan Suetonio, *Domiciano* XII, y Dión Casio, LXVI 7; cf. M. Hadas-Lebel, «La fiscalité romaine dans la littérature rabbinique», *Revue des études juives* 143 (1984), 5-29.

[99] Flavio Josefo omite cualquier tipo de referencias de antijudaísmo en la política imperial, como, por ejemplo, la noticia del historiador cristiano del siglo II Hegesipo recogida por Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica* III 12, 32. Según este autor bajo Vespasiano, Domiciano y Trajano tuvo lugar una importante persecución contra los judíos, en especial contra aquellos que eran de origen davídico, para así acabar con la descendencia real en la que aún se tenían puestas las esperanzas mesiánicas de los hebreos.

[100] El 72-73 d. C.

[101] Sobre esta región, al norte de Siria, y sobre Antíoco IV y su dinastía véase la nota a V 461 y la obra de R. D. Sullivan, «The Dynasty of Comagene», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt,* II 8 (1977), 732-798. La historia de Comagene y la de los alanos que viene después no guarda relación con la guerra de los judíos contra Roma, si bien le sirve al autor para ilustrar la política romana en el restablecimiento de las fronteras del Imperio.

cía que Antíoco y su hijo Epífanes habían determinado sublevarse contra Roma y habían concluido un tratado con el
222 rey de los partos[102]. Por tanto, era preciso adelantarse a ellos para que no tomaran la iniciativa en estas operaciones y no revolvieran con esta guerra todo el Imperio romano. César
223 no podía quedarse sin prestar atención a esta denuncia, que había caído en sus manos, pues la proximidad de los dos reyes hacía que el asunto adquiriera una importancia digna de
224 tener en cuenta. Samosata, la capital de Comagene, está ubicada junto al Éufrates, de modo que para los partos, en caso de que tuvieran tales intenciones, les era fácil pasar allí y ser recibidos en condiciones de seguridad.

Cesenio Peto invade Comagene

225 En consecuencia, se creyó en las palabras de Peto. Éste, cuando recibió el poder para llevar a cabo lo que considerara oportuno, no perdió tiempo, sino que de repente, sin que Antíoco y los suyos presintieran nada, penetró en Comagene con la sexta legión,
226 junto con cohortes y algunas alas de caballería. Luchaban con él el rey de la llamada Calcídica[103], Aristobulo, y el de

---

[102] Los partos constituían una seria amenaza para la política de Roma en Oriente y, como se ha visto en el Proemio, a ellos va dirigida también esta obra. Sin embargo, los partos como tal no intervinieron en la guerra del 66-74, si bien tanto Agripa II, en su famoso discurso (cf. II 388-389), como Tito (cf. VI 343), recuerdan la llamada de los judíos de Jerusalén a sus hermanos de Adiabene, súbditos del reino parto; cf. DIÓN CASIO, LXVI 4, 3, y J. NEUSNER, *A history of the Jews in Babylonia,* Leiden, 1965, I, págs. 64-67.

[103] Esta Calcídica puede ser el reino de Calcídica o Calcis, al sur del Líbano, dentro del antiguo reino itureo, de cuyo rey Herodes de Calcídica y de la Armenia Inferior se ha hablado en I 552, II 217, 221, 223 y 252. Su hijo Aristóbulo, referido aquí, también ha sido citado anteriormente en II 221 y 252. No obstante la denominación de teritorio calcídico se aplica

la región conocida por el nombre de Emesa, Soemo[104]. Los 227
romanos no encontraron resistencia a su invasión, pues ninguno de sus habitantes quiso enfrentarse a ellos. Pero An- 228
tíoco, a quien la noticia le había sorprendido inesperadamente, ni siquiera llegó a pensar en una guerra contra los romanos, sino que decidió abandonar todo su reino en el estado en que se encontraba y partió con su mujer y sus hijos, pues pensaba que de esta manera ante los ojos de los romanos él demostraría que estaba libre de las acusaciones
que se le imputaban. Cuando se hallaba a cien estadios de la 229
ciudad, en la llanura, levantó allí su campamento.

Peto envió soldados para que se apoderaran de Samo- 230
sata y por medio de ellos conquistó la ciudad. Mientras, él en persona, con el resto de su ejército, se dispuso a atacar a
Antíoco. Sin embargo el rey, ni siquiera obligado por la ne- 231
cesidad del momento, quiso emprender ningún acto bélico contra los romanos, sino que se lamentó por su suerte y de-
cidió soportar lo que fuera necesario. No obstante, para sus 232
hijos, que eran jóvenes experimentados en la guerra y que destacaban por su fuerza física, no era fácil aceptar esta desgracia sin luchar. Por ello, Epífanes[105] y Calínico echa-
ron mano de la fuerza. Durante todo el día combatieron en 233
una dura batalla, en la que ellos mostraron una brillante valentía, y al atardecer dejaron de hacerlo, sin que sus fuerzas
se hubieran visto aminoradas. Pero a Antíoco no le pareció 234
aceptable quedarse en este lugar, a pesar del resultado de esta batalla. Cogió a su mujer y a sus hijas y con ellas huyó

también a la ciudad de *Chalcis ad Bellum*, que en el 92 a. C. fue incorporada a la provincia de Siria; cf. SCHÜRER, *Historia...*, I, págs. 725-728.

[104] Emesa, al norte de Siria, es la actual Homs. Sobre la monarquía de este pequeño reino, cf. R. D. SULLIVAN, «The Dynasty of Emesa», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt*, II 8 (1977), 198-219.

[105] Véase su actuación delante de los muros de Jerusalén en V 460 ss.

a Cilicia[106]. Con esta acción deshizo la moral de sus propios
235 soldados. Estos últimos hicieron defección y se pasaron a los romanos, como si su reino hubiera sido ya sentenciado
236 por Antíoco. El desánimo era evidente en todos ellos. Entonces Epífanes y los suyos, antes de quedarse totalmente sin aliados, tuvieron que ponerse ellos mismos a salvo de los enemigos. En total fueron diez los jinetes que les acom-
237 pañaron al cruzar el Éufrates. Desde allí, conducidos sin peligro hasta el rey de los partos, Vologeses, no fueron tratados como fugitivos, sino que fueron acogidos con todo honor, como si aún disfrutaran de su anterior prosperidad.

Antíoco hace la paz con Vespasiano

238 Cuando Antíoco llegó a Tarso[107], en Cilicia, Peto le envió un centurión que le
239 condujo encadenado a Roma. Vespasiano no soportó que le llevaran ante su presencia de esa manera, pues creía que era mejor respetar la antigua amistad que dejarse llevar por una
240 implacable cólera bajo el pretexto de la guerra. Por tanto ordenó que le quitasen las cadenas, cuando Antíoco aún estaba de camino, y que no lo trajeran a Roma, sino que de momento viviera en Lacedemonia. Le concedió también importantes rentas para que no sólo disfrutara de una vida de
241 abundancia, sino también propia de un rey. Cuando se enteraron de estos hechos Epífanes y los que estaban con él, que antes habían temido mucho por su padre, se vieron entonces libres de la gran preocupación que embargaba sus almas.

[106] Región del sudeste de Asia Menor en una posición estratégica entre Anatolia y Siria. En el 101 a. C. Roma la convirtió en provincia.

[107] En época romana Tarso, a orillas del río Cidno, era la capital de Cilicia. Esta ciudad, también conocida con el nombre de Antioquía de Cilicia, contaba con una importante comunidad judía, de la que procedía el apóstol Pablo; cf. *Hechos de los Apóstoles* 21, 39 y 22, 3.

Además, se esperanzaron con reconciliarse con César, 242
pues Vologeses había escrito a este último sobre ellos. A pesar de su situación próspera, sin embargo no soportaban vivir fuera del Imperio romano. César, en su bondad, les
concedió plenas garantías de seguridad y ellos se presenta- 243
ron en Roma. Su padre vino inmediatamente desde Lacedemonia a reunirse con ellos y así vivieron allí tratados con toda dignidad.

Los alanos invaden Media y Armenia

El pueblo de los alanos que, como he- 244
mos dicho antes en algún momento[108], eran escitas que habitaban cerca del Ta-
nais[109] y de la laguna Meótide[110], tenían 245
por aquel entonces el propósito de invadir y hacer pillaje en Media y en regiones aún más lejanas. Negociaron con el rey de Hircania[111], pues éste era el que controlaba el acceso, que el rey Alejandro había cerrado con
unas puertas de hierro[112]. Cuando aquél les autorizó pasar, 246
atacaron en masa a los medos, que no se lo esperaban, y saquearon un país muy poblado y abundante en todo tipo de ganados, sin que nadie se atreviera a oponerles resistencia.
Puesto que Pacoro[113], el rey del lugar, lleno de miedo se re- 247
fugió en parajes de difícil acceso, sin llevarse nada, excepto a su mujer y a sus concubinas, que habían sido hechas pri-

---

[108] En ningún lugar de la obra de Flavio Josefo se habla de los alanos.

[109] Es decir, el río Don.

[110] El Mar de Azof.

[111] Reino situado al sudeste del Mar Caspio.

[112] Son las famosas *Pylae Caspiae,* un desfiladero montañoso en la cordillera del Tauro, a 60 kilómetros de la actual Teherán, que constituían el paso natural de Media e Hircania a Partia. Este lugar fue el escenario de uno de los episodios de la lucha de Alejandro Magno contra el rey Darío; cf. ARRIANO, *Anábasis de Alejandro Magno* III 19, 2.

[113] Hermano de Vologeses I, rey de Partia; cf. VII 237.

sioneras y a las que a duras penas pudo rescatar mediante el
248 pago de cien talentos. Por consiguiente, con gran facilidad y sin entablar combate llegaron hasta Armenia devastando y sa-
249 queando todo lo que se ponía en su camino. El rey armenio Tiridates[114], que salió a su encuentro y que tuvo una refriega
250 con ellos, casi fue capturado vivo en ella. Pues uno de los alanos le echó un lazo y estuvo a punto de llevárselo a rastras, si Tiridates no hubiera cortado la cuerda con su espada
251 y se hubiera dado prisa en huir. Los alanos, enfurecidos aún más por este enfrentamiento, dejaron asolado el país y se volvieron a su tierra, no sin antes llevarse una gran cantidad de prisioneros y un botín diverso de ambos reinos.

Flavio Silva ataca Masadá. Los sicarios

252 A la muerte de Baso se hizo cargo del mando en Judea Flavio Silva[115]. Cuando éste vio que toda la región había sido ya dominada por medio de la guerra, excepto una sola fortaleza, que aún mantenía la rebelión, reunió a todas las tropas[116] que tenía en aquellos lugares y emprendió una campaña contra dicho enclave,
253 llamado Masadá[117]. Un personaje poderoso, Eleazar[118], estaba al mando de los sicarios que ocupaban esta fortaleza, descendiente de Judas que, como antes expusimos[119], había

---

[114] También era hermano de Vologeses I.

[115] L. Flavio Silva fue cónsul en el año 81.

[116] Éstas eran la legión *X Fretensis,* que había quedado como guarnición en Jerusalén (cf. VII 5, 17), y las tropas auxiliares.

[117] Fortaleza situada en la cumbre de una peña aislada al sudeste de la orilla occidental del Mar Muerto. En 1838 fue identificada por E. Robinson y E. Smith con la actual Sebbeh. Abel, *Geógraphie...,* II, pág. 380, la considera como una de las *mesadoth* o peñones aislados y escarpados por los que erró el rey David a través del desierto de Engadí (cf. *I Samuel* 24, 1).

[118] El hijo de Jairo, citado en II 447.

[119] Cf. II 118.

convencido a muchos judíos para que no se inscribieran, cuando Quirino fue enviado a Judea a realizar el censo[120]. En 254
aquel entonces los sicarios[121] se alzaron contra los que querían someterse a los romanos y les trataron en todo momento como enemigos: saquearon y rapiñaron sus posesiones y prendieron fuego a sus casas. Iban diciendo que esta gente no se 255
diferenciaba en nada de los extranjeros[122], pues con tanta cobardía entregaban la libertad de los judíos, que era el objeto de aquella guerra, y manifestaban claramente su preferencia por la esclavitud bajo el poder romano. Pero estas palabras 256
no eran más que un pretexto para encubrir su crueldad y su codicia. Sus actos demostraron con evidencia esta afirmación. En efecto, los que se unieron a ellos en la revuelta y 257
les ayudaron en la guerra contra Roma fueron los que sufrieron las atrocidades más crueles a manos suyas[123]. Y 258
cuando se descubrió que de nuevo sus excusas eran falsas, actuaron aún con mayor severidad contra las personas que en su justa defensa les echaban en cara su maldad. Aquella 259
época fue quizá para los judíos tan fructífera en todo tipo de perversidades, que no hubo hecho criminal que no se cometiera y, aunque uno quisiera forjar en su imaginación otras atrocidades, no podría hallar ninguna nueva. Tan infectados 260
estaban todos, en público y en privado, y tanto disputaban

[120] El conocido censo de Quirino ha sido referido en II 117.

[121] Sobre los sicarios, su ideología y la etimología de su nombre véase la nota a II 254 ss.

[122] En boca de los sicarios obviamente se emplea el término *allófylos*, «extranjero», habitual en los textos judíos en lengua griega, no el de *bárbaros*, que pertenece a la tradición de la historiografía grecorromana, como se ha visto en VII 86 y 94, por ejemplo.

[123] Josefo en el relato de Masadá continúa con la tesis que ha seguido a lo largo de la narración de toda la guerra judía: el pueblo judío es inocente y son los rebeldes, en este caso los sicarios, los responsables de todos los males.

entre sí para superarse unos a otros en sus impiedades contra Dios y en sus injusticias contra el prójimo: los poderosos trataban mal al pueblo y éste se esforzaba por matarles a
261 ellos. Aquéllos deseaban actuar como tiranos, mientras la multitud anhelaba acciones violentas y saquear los bienes de
262 los ricos. En primer lugar fueron los sicarios los que iniciaron los crímenes y la crueldad contra sus compatriotas, sin omitir ninguna palabra injuriosa y sin dejar de cometer nin-
263 guna acción criminal contra las víctimas de sus ataques. Sin embargo, Juan[124] demostró que los sicarios eran más moderados que él, puesto que no sólo ejecutó a todos los que le daban justos y útiles consejos y los trató como los peores enemigos de entre los ciudadanos, sino que desde su cargo público cubrió a su patria de multitud de desgracias, como las que podría haber llevado a cabo un hombre que ya había
264 osado cometer impiedades contra Dios. En su mesa había dispuestos alimentos prohibidos y se había apartado de la norma de pureza prescrita por la ley patria[125], de modo que no había que asombrarse si no se comportaba con humanidad y compasión con los hombres una persona que tanto furor había mostrado en sus impiedades contra Dios. Y, por
265 otra parte, ¿cuál es el crimen que no cometió Simón, el hijo de Giora o qué violencia no dejó de cometer contra los
266 hombres libres que le nombraron tirano?[126]. ¿Qué amistad o que relación familiar no hizo que esta gente fuera más audaz en sus crímenes cotidianos? En efecto, creían que maltratar a los extranjeros era obra de una innoble perversidad, mientras que pensaban que les reportaría un gran lustre la cruel-
267 dad contra los seres más próximos a ellos. No obstante, la

[124] Juan de Giscala.
[125] Sobre los diversos ritos de purificación, véase nota a IV 205.
[126] Cf. IV 574 ss.

locura de los idumeos superó la demencia de estos últimos. Sus individuos más perversos degollaron a los sumos sacerdotes[127], para que no quedara la más mínima parte del respeto a Dios, acabaron con todo lo que aún restaba de organización política[128] y en toda situación impusieron 268
una anarquía absoluta, en la que se destacaron los llamados zelotes, cuyo nombre estaba justificado por su actos[129]. Pues imitaron toda clase de crímenes, sin omitir 269
celosamente cualquier atrocidad que se recuerde que haya ocurrido anteriormente. A pesar de ello, se dieron ellos 270
mismos este nombre por el celo que ponían en realizar el bien, ya sea por burlarse de sus víctimas, a causa de su natural ferocidad, o porque para ellos los mayores crímenes eran considerados como algo bueno. No obstante, cada 271
uno de ellos obtuvo el final que le correspondía, pues Dios les dio a todos el castigo que se merecían. Cayeron sobre 272
ellos todos los tormentos que puede soportar la naturaleza humana hasta el último momento de su vida, que afrontaron en medio de los más diversos sufrimientos. Pero se 273
podría decir que padecieron menos de lo que merecían sus actos, pues no había posibilidad de hallar un castigo adecuado a ellos. No sería éste el momento de lamentarse, 274
como corresponde, de los que perecieron a manos de la crueldad de los zelotes. Por tanto, retorno a la narración de la historia que he dejado interrumpida[130].

El general romano se dirigió con sus efectivos contra 275
Eleazar y los sicarios que con él ocupaban Masadá. Rápidamente conquistó toda la región y estableció guarniciones en

[127] Cf. IV 314 ss.

[128] Acerca de la organización del Estado judío durante la revuelta, véase la nota a IV 318.

[129] El nombre de los zelotes ha sido comentado en nota a IV 161.

[130] Cf. VII 253.

sus enclaves más convenientes[131]. Levantó un muro alrede-
276 dor de toda la fortaleza[132], para que ninguno de los sitiados pudiera huir con facilidad, y distribuyó guardias a lo largo de la misma. El general romano acampó[133] en el lugar que
277 le pareció más adecuado para el asedio. Allí las rocas de la fortaleza se unían a la montaña próxima, si bien hacían difícil el aprovisionamiento de todo lo necesario. Pues no sólo
278 los víveres se transportaban desde lejos y a costa de grandes fatigas por parte de los judíos que tenían asignado este cometido, sino que también había que traer el agua al campamento, dado que el lugar no poseía ninguna fuente cerca[134]. Cuando Silva dejó solucionadas estas cuestiones previas,
279 emprendió el asedio, que requería de una gran habilidad y esfuerzo a causa de la solidez de la fortaleza, cuya naturaleza es la siguiente.

[131] El asedio romano de Masadá es uno de los acontecimientos que más fama han adquirido de toda la obra de Josefo. Cuando tuvo lugar la expugnación de esta fortaleza, en los primeros meses del año 73, nuestro autor se encontraba en Roma, por lo que no fue testigo ocular de los hechos, como ocurrió en la toma de Jerusalén. Las fuentes de su relato han de buscarse en los *commentarii* oficiales de la campaña y en relatos orales de los supervivientes.

[132] Se trata de un muro de circunvalación y bloqueo similar al que se levantó en la toma de Jerusalén; cf. V 509.

[133] La arqueología ha sacado a la luz dos campamentos, uno al sudeste de la fortaleza, a unos 700 metros, y otro en el noroeste, a 300 metros, frente al terraplén.

[134] Las poblaciones más cercanas eran Engadí, a unos 17 kilómetros, y Hebrón, a 35, pues el Mar Muerto, distante 4 kilómetros, no servía como agua potable.

Descripción de la fortaleza de Masadá[135]

Se trata de una roca de un gran perímetro, muy alta[136], a la que rodean por todas partes profundos barrancos, escarpados, cuyo fondo es imperceptible por la vista e intransitables a pie por cualquier ser vivo, excepto por dos lugares donde la roca permite subir de un modo nada sencillo. Uno de estos caminos parte del lago Asfaltitis, al este, y el otro, por donde es fácil transitar, al oeste. Al primero de ellos le dan el nombre de «serpiente» por su parecido con ella por su estrechez y sus múltiples vueltas. Pues este camino corta por entre los salientes rocosos de los precipicios, muchas veces retrocede sobre sí mismo, luego se va extendiendo a pequeños trechos y así a duras penas consigue seguir adelante. Es preciso que quien camine por esta senda apoye con firmeza un pie tras otro. Existe un claro peligro de muerte al pasar por allí, ya que a ambos lados se abren precipicios con una profundidad que puede dejar aterrorizado a la persona más audaz. Después de haber recorrido por este camino treinta estadios, sólo queda la cumbre, que no termina en un pico escarpado, sino en una llanura en la propia cima. En ella levantó por primera vez una fortaleza el sumo sacerdote Jonatán[137] y la llamó Masadá. Más tarde el rey Herodes puso un gran empeño en

280 281 282 283 284 285

[135] Las excavaciones realizadas en el yacimiento de Masadá entre los años 1963 y 1965 por Y. Yadin permiten corroborar una lectura arqueológica del relato de Josefo que ahora se inicia. El conocidísimo libro del mencionado autor, *Masada, Herod' fortress and the Zealots' last stand*, Londres, 1966, puede servirnos de guía en la lectura de este pasaje. Más bibliografía sobre Masadá se encuentra en L. H. Feldman, *Josephus and Modern Scholarship (1937-1980)*, Berlín-Nueva York, 1984, págs. 763-790 y 964-967.

[136] Sobre el nivel del Mar Muerto se eleva a 365 metros y de 100 a 175 sobre el nivel de los valles que la rodean.

[137] Hermano de Judas Macabeo; cf. I 48.

286 la disposición del lugar. Construyó una muralla de siete estadios a lo largo de todo su perímetro, hecha de piedra blan-
287 ca, con una altura de doce codos y una anchura de ocho. En esta muralla se erguían treinta y siete torres de cincuenta codos de altura, desde las que se podía acceder a los edificios que estaban construidos a lo largo de toda la parte interior
288 del muro. El rey destinó al cultivo la cima, dado que era fértil y su suelo más blando que el de cualquier otra llanura, para que, si alguna vez les faltaran las provisiones que venían del exterior, no sufriera el hambre la gente que había
289 confiado su propia salvación a esta fortaleza. Levantó también allí un palacio en la pendiente occidental, debajo de las murallas que había en la cumbre, orientado hacia el norte. El muro del palacio tenía una gran altura y solidez y contaba
290 con cuatro torres en sus ángulos de sesenta codos. La disposición de las estancias interiores, de los pórticos y de los baños era de gran variedad y suntuosidad; por todas partes las construcciones estaban sostenidas por columnas de una sola pieza y las paredes y suelos de las habitaciones estaban re-
291 cubiertos con mosaicos de varios colores. En las proximidades de todos los lugares habitados, arriba, en los alrededores de palacio y delante de las murallas había excavadas en la roca numerosas y amplias cisternas para conservar la lluvia. El monarca se las había ingeniado para que así hubiera tanta abundancia de agua como de la que disponen los que tienen
292 fuentes. Un pasadizo excavado, que desde fuera no se veía, iba desde el palacio a lo más alto de la cima. Pero ni los caminos que estaban a la vista podían ser utilizados fácilmente
293 por los enemigos. Pues, según hemos descrito antes[138], el acceso por el lado oriental es intransitable por su naturaleza y Herodes había cerrado la entrada occidental en su parte

[138] VII 281-283.

más estrecha por una amplia torre, a una distancia de no menos de mil codos de la cumbre, que no se podía cruzar ni era sencillo apoderarse de ella. Este acceso tenía una salida complicada incluso para los viandantes que pasaban por allí sin estar expuestos a ningún ataque. Así es como estaba la 294
fortaleza protegida por la naturaleza y por la mano del hombre para hacer frente a las incursiones enemigas.

Más aún se podría admirar uno de la riqueza y del buen 295
estado de conservación de las provisiones que en su interior estaban almacenadas. Pues había una gran cantidad de trigo, 296
de sobra suficiente para un largo tiempo, mucho vino y aceite y también había amontonado todo tipo de legumbres secas y dátiles. Eleazar, cuando se apoderó a traición junto con los sica- 297
rios de la fortaleza[139], se encontró con todos estos productos en buen estado y que en nada desmerecen a los frutos que acababan de ser recogidos. No obstante, desde que se hizo este acopio de víveres hasta que los romanos tomaron el lugar pasaron casi cien años[140], si bien estos últimos hallaron intactos los productos que aún quedaban. Se podría creer, sin riesgo de equivo- 298
carse, que la causa de esta conservación es el aire, que por la altura que alcanza la cima de este enclave no tiene ningún tipo de mezcla con la tierra y el fango. También se halló una gran y 299
variada cantidad de armas que había sido atesorada allí por el rey, suficiente para diez mil hombres, hierro sin trabajar, bronce e incluso plomo, lo que indicaba que estos aprovisionamientos habían sido llevados a cabo por razones importantes. En efecto, 300
se dice que Herodes había preparado esta fortaleza como un refugio para sí mismo en vistas a un doble peligro, uno de parte del pueblo judío, por temor a que le derrocara y estableciera en

[139] Cf. II 408 y 433.

[140] Más bien se trata de 104 ó 105 años, desde el 32-31 a. C. hasta la conquista por los romanos en el 73 d. C.

el trono a los reyes anteriores a él[141], y el otro, más importante y
301 peligroso, de parte de la reina de Egipto, Cleopatra. Esta soberana no ocultaba su propósito, sino que con frecuencia hablaba con Antonio, le pedía que matara a Herodes y le rogaba que le
302 ragalase a ella el reino de los judíos[142]. Realmente era más digno de admiración el que Antonio, a pesar de estar perdidamente esclavizado por el amor hacia ella, nunca accediera a estas peticiones, que no el hecho de que se esperase que se negara a ha-
303 cerle tal obsequio. Por estos temores Herodes fortificó Masadá y así dejó a los romanos lo que iba a ser el último bastión de su guerra contra los judíos.

El asedio de Masadá

304 Cuando el general romano, según hemos dicho[143], levantó un muro exterior alrededor de todo el lugar, tomó las precauciones más cuidadosas para que nadie pudiera huir y puso manos al asedio, si bien no encontró más que un solo punto donde se pudieran
305 levantar los terraplenes. Detrás de la torre[144] que cubría el camino que llevaba desde el oeste al palacio y a la cumbre la roca presentaba un saliente, de una gran anchura y muy prominente, a unos trescientos codos por debajo de la parte
306 más elevada de Masadá, que llamaban Roca Blanca[145]. Silva subió a este promontorio, se asentó en él y ordenó a su ejército que transportara allí tierra. Se levantó un sólido terraplén de doscientos codos gracias al concienzudo trabajo de los soldados y a las muchas manos que en él participaron.

[141] La dinastía de los Asmoneos.

[142] Sobre estos hechos véase I 359-362 y *Antigüedades* XV 64 ss.

[143] Cf. VII 275.

[144] Cf. VII 293.

[145] O Leuce, si mantenemos la denominación griega. La roca alcanza unos 300 metros de altura sobre el nivel del Mar Muerto.

Sin embargo, el espacio de este terraplén no parecía sufi- 307
ciente ni firme para subir allí las máquinas. Por ello se construyó encima una plataforma de grandes piedras, bien ajustadas entre sí, de cincuenta codos de altura y de anchura. La disposi- 308
ción de las máquinas era, en general, muy similar a la que primero Vespasiano, y después Tito, habían diseñado para los asedios. Se levantó además una torre de setenta codos, recubierta 309
toda ella de hierro[146], desde donde los romanos dispararon con las oxibelas[147] y las balistas[148] y así rechazaron a los que combatían desde la muralla y no les dejaron asomar la cabeza. En 310
este momento Silva, que tenía preparado un enorme ariete, ordenó atacar el muro con repetidos golpes y, a duras penas, pudo hacer allí un boquete y derribar una parte del mismo. Pero los 311
sicarios se habían adelantado a construir con rapidez en el interior una segunda muralla, que no iba a sucumbir de la misma forma ante las máquinas enemigas, pues la habían hecho sin rigidez para que fuera capaz de amortiguar la fuerza de las embestidas de la siguiente manera. Colocaron a lo largo grandes 312
vigas unidas entre sí por sus extremos. Había dos filas paralelas de estas vigas, con una distancia de separación igual a la anchura de un muro, y en medio de ellas echaron tierra. Para que no 313
se desplomara esta tierra, al elevar el terraplén, sujetaron las vigas colocadas a lo largo con otras en sentido transversal. Para 314
los romanos esta obra era muy similar a una construcción de albañilería, aunque los golpes de las máquinas se veían amortiguados al dar contra una estructura que no resistía las embestidas y se hacía más sólida con las sacudidas que la iban ensamblando progresivamente. Cuando Silva se percató de 315
esta estratagema, pensó que lo mejor era prender fuego a la mu-

[146] Este tipo de protección se ha visto también en V 297.

[147] Cf. nota a IV 266.

[148] Cf. nota a IV 19.

ralla y, por ello, ordenó a los soldados que lanzaran contra ella
316 sin parar antorchas encendidas. Como el muro estaba casi todo
él hecho de madera, fue pasto del fuego rápidamente y a causa
de la inconsistencia de la construcción el fuego se extendió en
317 toda su profundidad en una gran llamarada. Una vez iniciado ya
el incendio, el viento del norte que soplaba en contra de los ro-
manos produjo temor entre ellos. Pues venía desde arriba y
desviaba las llamas en su contra, y casi estaban ya al borde de la
desesperación por el hecho de que tenían la idea de que sus má-
318 quinas iban a arder en el incendio. Sin embargo, luego el viento
cambió de repente de dirección, como si fuera obra de la Provi-
dencia divina[149], y sopló con intensidad en sentido opuesto y
llevó contra el muro las llamas, y así prendió en toda su exten-
319 sión. En consecuencia, los romanos, asistidos por la ayuda de
Dios, se retiraron satisfechos al campamento. Decidieron atacar
al día siguiente a los enemigos y esa misma noche pusieron más
cuidado en las guardias, para que ninguno de ellos huyera sin
ser visto.

Arenga de Eleazar a los sitiados. Sus dos discursos

320 No obstante, a Eleazar no se le pasaba
por la cabeza el escapar de Masadá ni iba
321 a permitir hacerlo a ningún otro. Cuando
vio que el muro había sido devastado por
el fuego, no pensó en ninguna otra forma
de salvación ni de heroísmo[150], sino que puso ante sus ojos
lo que los romanos les harían a ellos, a sus mujeres y a sus

---

[149] La toma de Masadá testimonia la intervención de Dios en los actos humanos, en este caso también en favor de los romanos, como también ocurrió en Gamala (cf. IV 70) o en la propia Jerusalén; cf. apartado 5 de la Introducción.

[150] La resistencia de Masadá se ha convertido, por este relato de Josefo, en un auténtico símbolo y mito nacionalista, que se ha utilizado incluso en la formación del moderno estado de Israel.

hijos, en caso de que obtuvieran la victoria, y decidió que
todos debían morir. Tras considerar que ésta era la mejor 322
solución, habida cuenta de las circunstancias del momento,
reunió a los más valerosos de sus compañeros y les exhortó
a llevar a cabo esta acción con las siguientes palabras: «Mis 323
valientes, hace tiempo que tomamos la decisión de no ser
esclavos ni de los romanos ni de ningún otro, sino de Dios,
pues sólo él es el auténtico y justo señor de los hombres[151].
Ahora llega el momento que nos reclama poner en práctica
nuestro propósito. Nosotros, que antes no hemos soportado 324
una esclavitud sin peligros, no debemos ahora llenarnos de
deshonor, porque, si caemos vivos bajo el yugo romano, sufriremos irremediables castigos, además de la servidumbre.
Pues nosotros hemos sido los primeros en sublevarnos y seremos los últimos en luchar contra ellos. Creo que es Dios 325
quien nos ha concedido esta gracia de poder morir con gloria y libertad, algo que no les ha sucedido a otros que han
resultado vencidos en contra de lo que esperaban. Está claro 326
que nosotros mañana seremos conquistados, aunque tenemos la posibilidad de elegir libremerte una muerte noble en
compañía de nuestros seres queridos. Los enemigos, que
tienen grandes deseos de cogernos vivos, no pueden impedirnos hacer esto, ni nosotros somos capaces ya de vencerles en el combate. Cuando deseábamos reivindicar nuestra 327
libertad y nos salió todo mal entre nosotros mismos y, lo
que es peor, en relación con los enemigos, tal vez teníamos
que haber sospechado enseguida desde el principio la decisión de Dios y habernos dado cuenta de que el pueblo, que

[151] Éste es el principio doctrinal básico de los zelotes y los sicarios (cf. II 118, 254 y *Antigüedades* XVIII 28). Los rebeldes judíos pensaban que con la expulsión de los romanos sería más inmediata la venida del reino de Dios. Roma simbolizaba el mal, que según el libro de *Daniel* (11 y 12) sería el final de la historia terrena y el principio de la era mesiánica.

antes había sido amado por él, ahora había sido condenado.
328 Porque, si Dios nos hubiera sido propicio o, al menos, moderadamente hostil, no habría permitido la muerte de tanta gente ni habría abandonado su santísima ciudad al fuego y a
329 la destrucción por parte de los enemigos. ¿Es que nosotros somos los únicos de la raza judía que esperamos sobrevivir y conservar nuestra libertad, como si fuéramos inocentes ante Dios y no hubiéramos participado en ningún crimen, después de haber
330 enseñado a los demás a actuar de esta manera? Así pues, veis cómo Dios ha demostrado que nuestras expectativas eran vanas, al traer sobre nosotros una situación terrible que desborda
331 nuestras esperanzas. Pues ni la naturaleza de esta fortificación, que es inexpugnable, ha servido para salvarnos, sino que, a pesar de que contábamos con abundancia de provisiones, una gran cantidad de armas y un sinfín de otros recursos, de una manera evidente nos hemos visto privados por el propio Dios de nuestra
332 confianza de salvación. Realmente, el fuego que se dirigió contra los enemigos[152] no se volvió de forma espontánea contra el muro levantado por nosotros, sino que la causa de ello fue la cólera provocada por las numerosas iniquidades, que en nuestra locura nos hemos atrevido a cometer contra nuestros compa-
333 triotas. Recibamos castigo por estos crímenes, no de nuestros peores enemigos, los romanos, sino de Dios por nuestras propias manos, puesto que esta forma de suplicio es más soportable
334 que aquél[153]. Que nuestras mujeres mueran sin ser injuriadas y nuestros hijos sin conocer la esclavitud. Después de que estos últimos perezcan, concedámonos mutuamente un noble favor al
335 conservar la libertad como una hermosa tumba. Pero previa-

[152] Por la Providencia divina que cambió el rumbo del viento, como se acaba de indicar en VII 317.

[153] THACKERAY, en el comentario de su traducción, observa en estas palabras una reminiscencia de ideas bíblicas, como las recogidas en *II Samuel* 24, 14.

mente prendamos fuego a nuestros bienes y a la fortaleza, pues, sé perfectamente, que los romanos se disgustarán de no apoderarse de nuestras personas y de no conseguir ninguna ganancia.
Dejemos solamente los víveres, dado que, cuando ya estemos 336
muertos, éstos serán el testimonio de que no fuimos vencidos por el hambre, sino que, según decidimos desde un principio, hemos preferido la muerte a la esclavitud».

Éstas fueron las palabras de Eleazar, que, sin embargo, 337
no afectaron por igual al ánimo de todos los presentes. Unos estaban decididos a obedecer y estaban casi henchidos de
placer con la idea de una muerte gloriosa. Otros, en cambio, 338
más sensibles, se apiadaron de las mujeres, de sus hijos y, sobre todo, de su propia inexorable muerte; se miraron los unos a otros con lágrimas y así dieron a entender que no
estaban de acuerdo con esta decisión. Cuando Eleazar se dio 339
cuenta de que estaban asustados y de que eran débiles en su espíritu ante la magnitud de la hazaña, temió que con sus lamentos y con sus súplicas ablandasen también a los que
antes habían escuchado sus palabras sin titubear. En conse- 340
cuencia, no cedió en sus exhortaciones, sino que se dio valor a sí mismo y, lleno de una gran audacia, habló con bri-
llantes palabras sobre la inmortalidad del alma[154]. Con gran 341
indignación clavó su mirada fijamente en los que lloraban y dijo[155]: «En verdad estaba muy engañado al pensar que luchaba en defensa de la libertad con hombres valientes, que

[154] Resulta muy curioso que en boca de un radical judío se pongan ideas filosóficas griegas sobre la inmortalidad del alma, en la misma línea que se ha visto ya en II 154 ss., III 372 ss. o VI 47. Esta doctrina del alma recogida en este discurso no pertenece a las «leyes de nuestros padres y de Dios» ni a las de los antepasados hebreos, a pesar de lo que dice Eleazar.

[155] Este discurso recoge algunas de las ideas expuestas por el rey Agripa antes de la revuelta (cf. II 345-401), aunque, eso sí, con una finalidad y sentido inversos a las de aquél.

342 estaban dispuestos a vivir con honor o a morir. Sin embargo,
no os distinguís de la gente normal ni en valor ni en audacia,
vosotros que sentís miedo de la muerte, que os libraría de
los peores males, cuando no deberíais demoraros en aceptar-
343 la ni esperar ningún consejero al respecto. Desde antaño,
desde que tuvimos uso de razón, las leyes de nuestros pa-
dres y de Dios, confirmadas por las obras y las doctrinas de
nuestros antepasados, no han dejado de enseñarnos que el
vivir es para los hombres una desgracia, mientras que no lo
344 es la muerte. Esta última al conceder la libertad a las almas
las deja ir a un lugar que es propio de ellas y que es puro,
donde estarán exentas de todo sufrimiento, mientras que si
están atadas a un cuerpo mortal y llenas de sus males, están
ya muertas[156], por decir la auténtica verdad, pues no es con-
345 veniente la asociación de lo divino con lo mortal. El alma
encadenada al cuerpo tiene una gran fuerza, pues hace que
sea su órgano sensorial, le mueve, sin ser vista, y le dirige a
346 acciones por encima de su naturaleza mortal. Pero, cuando
el alma se ve libre del peso que la arrastra hacia la tierra y
que la deja suspendida sobre ella y va al lugar que le es pro-
pio, entonces disfruta de una dichosa fuerza y de un poder
ilimitado y permanece invisible a los ojos humanos, como el
347 mismísimo Dios. Porque ni siquiera se la ve, hasta que está
en el cuerpo: se aproxima de una forma invisible y se separa
de nuevo, sin que nadie se percate de ello. Ella misma tiene
una sola naturaleza incorruptible, aunque al cuerpo le pro-
348 duce cambios. Pues todo lo que el alma toca, vive y flore-
ce[157], mientras que muere y se marchita aquello de lo que se

---

[156] Sin duda hay que ver aquí una reminiscencia de la doctrina filosófica griega, originalmente pitagórica, pero difundida por Platón, de *sôma sêma,* «el cuerpo es una tumba».

[157] El comentario de Ricciotti señala aquí la reminiscencia de una expresión de origen sofocleo, *Traquinias* 235.

aparta. Así de grande es en ella la abundancia de inmortalidad. Que el sueño sea para vosotros la prueba más evidente 349
de mis palabras, pues en él las almas, sin la distracción del cuerpo y encerradas en sí mismas, disfrutan de un descanso muy placentero, pues se unen a Dios, por la similitud de naturaleza que con él tienen[158], vagan por todas partes y vaticinan numerosos acontecimientos futuros. ¿Por qué, entonces, te- 350
memos a la muerte, cuando nos gusta el reposo del sueño? ¿Cómo no va a ser insensato que busquemos la libertad durante la vida y neguemos aquella que es eterna? Por tanto, 351
es preciso que nosotros, que hemos sido educados según los preceptos de nuestra patria, seamos para los demás ejemplo de aceptación de la muerte. Pero, si necesitamos también del testimonio de pueblos extranjeros, miremos a los indios, que profesan la práctica de la sabiduría[159]. Ellos, que son perso- 352
nas de bien, aguantan de mala gana el tiempo de la vida, como una necesaria carga impuesta por la naturaleza. Se es- 353
fuerzan por liberar sus almas de los cuerpos y, sin que ningún mal les presione o les empuje a ello, por el deseo de una existencia inmortal anuncian previamente al resto de la gente que están a punto de partir. No hay nadie que se lo impida, sino que todos les consideran felices y cada uno de ellos les entrega cartas para sus familiares. Así es como cre- 354
en que es de segura y de una verdad tan extrema la relación

---

[158] En términos similares se expresa Josefo en el discurso a sus compañeros en Jotapata en III 372.

[159] En *Contra Apión* I 179 se recoge la tradición según la cual los judíos, que en la India reciben el nombre de calanos, por el gimnosofista Calano, descienden de filósofos de aquel lugar. FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Todo hombre honrado es libre* 93-96, *Sobre Abraham* 182, y PLUTARCO, *Alejandro* VI 5, mencionan la noticia de que este tal Calano se dejó consumir por el fuego delante de Alejandro Magno; cf. KROLL, «Kalanos», *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft,* X 2, cols. 1544-1546.

355 de las almas entre sí. Después de haber escuchado los encargos que se les ha encomendado, entregan su cuerpo al fuego, para que su alma se separe totalmente pura de él, y
356 mueren en medio de himnos de alabanza. Sus seres más queridos les acompañan en la muerte con más complacencia que la de las demás personas cuando despiden a sus ciudadanos para un viaje muy largo. Lloran por ellos mismos, mientras tienen por dichosos a aquellos que ya han adquiri-
357 do un rango inmortal. ¿Acaso no es para nosotros una vergüenza tener unos sentimientos inferiores a los indios y deshonrar de una manera indigna por culpa de nuestra cobardía nuestras leyes patrias, que son motivo de envidia para
358 todos los hombres? Pero, aunque desde el principio se nos hubieran enseñado normas contrarias a éstas, a saber, que para el hombre el bien más preciado es la vida y que la muerte es una desgracia, sin embargo la ocasión del momento nos exhorta a soportar la muerte con firmeza de espíritu, pues vamos a perecer por decisión de Dios y obligados
359 por la necesidad. Pues, según parece, hace ya tiempo que Dios ha tomado contra toda la nación judía la decisión de que seamos privados de la vida, dado que no vamos a hacer
360 uso de ella de un modo conveniente[160]. No os echéis a vosotros mismos las culpas ni les deis las gracias a los romanos por el hecho de que la guerra contra ellos haya acabado con todos nosotros, ya que esto no ha sucedido por la fuerza de aquéllos, sino que es una causa superior la que les ha
361 concedido una aparente victoria. Pues, ¿Cuáles son las armas romanas por las que murieron los judíos, que vivían en

[160] Al final de su historia Josefo pone en boca de los sicarios la frase clave de su obra, a saber, que Dios es el que ha decidido la suerte de esta guerra y el que ha abandonado a los judíos y se ha puesto del lado de los romanos; a este respecto puede verse, por ejemplo, el discurso de Josefo a los sitiados en Jerusalén, donde aparece este razonamiento (V 412).

Cesarea?[161]. Éstos no tenían ninguna intención de rebelarse 362
contra los romanos, sino que mientras celebraban el séptimo día de la semana la multitud de los habitantes de Cesarea se lanzó contra ellos y los degolló junto con sus mujeres e hijos, sin que ni siquiera ellos pudieran ofrecer ninguna resistencia con sus manos. Esta gente no respetó ni a los mismos romanos, que, por habernos rebelado, nos tenían a nosotros como los únicos enemigos. Pero alguien podrá decir que 363
siempre habían existido diferencias entre los cesarenses y los judíos que vivían entre ellos y que se aprovecharon de la ocasión para saciar su antiguo odio. ¿Qué podemos decir de 364
los judíos de Escitópolis?[162]. Éstos osaron luchar contra nosotros en favor de los griegos, pero no se unieron a nosotros, sus compatriotas, para hacer frente a los romanos. De 365
mucho le sirvieron a los judíos la benevolencia y la fidelidad que tuvieron con los escitopolitanos: fueron ejecutados cruelmente por ellos, junto con todas sus familias, y así recibieron la recompensa por aliarse con esta gente. Pues los 366
judíos de allí, como si ellos quisieran hacérselo a sí mismos, soportaron aquellos males que los habitantes de Escitópolis les habían evitado sufrir de parte nuestra. Sería ahora muy largo hablar de cada uno de estos episodios de forma particular. Sabéis que no hay ciudad en Siria en la que no se ha- 367
yan masacrado a los judíos que en ella habitaban y que la gente de allí era más enemiga nuestra que de los romanos. En ese país los damascenos, sin que pudieran inventar una 368
justificación razonable, llenaron su ciudad de una matanza abominable al degollar a dieciocho mil judíos junto con sus mujeres y familias[163]. Nos hemos enterado de que son más 369

[161] Estos hechos han sido narrados en II 457 ss.

[162] Cf. II 466 ss.

[163] Cf. II 559 ss., donde se mencionan sólo diez mil quinientos judíos muertos.

de sesenta mil los hebreos que han perecido bajo torturas en
Egipto[164]. Tal vez estos últimos murieron porque en una tie-
rra extranjera no hallaron nada con que oponerse a los ene-
migos. Sin embargo, a todos los que en su propio país han
emprendido la guerra contra los romanos, ¿qué es lo que les
ha faltado de aquello que podía darles esperanzas de una
370 completa victoria? Pues a todos les dieron valor para la re-
vuelta las armas, las murallas, las inexpugnables construc-
ciones de las fortalezas y un espíritu que no se acobarda
371 ante los peligros que se afrontan en pro de la libertad. Pero
estos elementos, que fueron suficientes por un breve espacio
de tiempo y que nos infundieron esperanzas, se convirtieron
en el origen de males mayores. Todo fue conquistado, todo
sucumbió ante los enemigos, como si todo ello hubiera sido
dispuesto para hacer muy renombrada la victoria de los ro-
manos y no para la salvación de los judíos, que se habían
372 ocupado de su preparación. Es justo considerar dichosos a
los que murieron en la lucha, pues cayeron en defensa de la
libertad, sin traicionarla. ¿Quién no va a sentir lástima de la
cantidad de judíos que han sucumbido a manos romanas?
¿Quién no se dará prisa en morir antes que padecer sus
373 mismos infortunios? Algunos han muerto torturados en el
potro o atormentados por el fuego y por el látigo, otros, me-
dio devorados por las fieras, han sido conservados vivos para
servirles de pasto una segunda vez, tras haber sido objeto de
374 burla y risa por parte de los enemigos[165]. Pero hay que con-
siderar más desgraciados que aquéllos a los que aún viven,
que, aunque piden sin cesar la muerte, no logran conseguir-
375 la. ¿Dónde está la gran ciudad, la metrópoli de toda la raza

[164] Cf. II 487 ss.

[165] Sobre los espectáculos romanos con judíos como víctimas véase nota a VII 24.

judía, la urbe que estaba fortificada con tantas series de murallas, protegida con tantas fortalezas y elevadas torres, que apenas podía dar cabida a los instrumentales dispuestos para la guerra y que contenía tantos millares de hombres que combatían por ella[166]? ¿Qué le ha sucedido a esta ciudad, 376
que creíamos que tenía a Dios como su fundador? Ha sido destruida y arrancada de raíz y sólo queda como recuerdo suyo el campamento de sus destructores, que aún se levanta sobre sus ruinas. Miserables ancianos permanecen junto a 377
las cenizas del santuario y unas pocas mujeres han sido conservadas por los enemigos para servir al ultraje más vergonzoso. ¿Quién de nosotros, al dar vueltas a estos hechos en la 378
cabeza, va a soportar ver el sol, aunque pudiera vivir sin peligro? ¿Quién es tan enemigo de su patria o quién será tan cobarde o tan apegado a la vida, que no se arrepienta de haber vivido hasta ahora? ¡Ojalá que todos hubiéramos pere- 379
cido antes de ver aquella sagrada ciudad demolida por las manos enemigas, antes de ver nuestro Templo santo destruido hasta sus cimientos de un modo tan sacrílego! Pero, 380
dado que nos ha alentado la noble esperanza de que tal vez podríamos vengarnos de nuestros enemigos en nombre de esta ciudad, y dado que ahora esta esperanza se ha esfumado y nos ha dejado solos en esta circunstancia apremiante, démonos prisa en morir con honor, tengamos piedad de nosotros mismos, de nuestros hijos y mujeres, mientras nos sea posible autocompadecernos. Pues nacimos para morir y para 381
ello hemos engendrado a los nuestros, y ni siquiera la gente feliz puede escapar de este final. Sin embargo, la naturaleza 382
no impone a los hombres el ultraje, la esclavitud y el ver a nuestras mujeres llevadas a la deshonra junto con nuestros

[166] Sobre la población de Jerusalén durante el asedio véase la nota a IV 137 y V 569.

hijos, sino que estas desgracias las soportan, a causa de su
cobardía, los que, aunque tienen la posibilidad de morir an-
383 tes de padecerlas, no quieren hacerlo. Nosotros, confiados en
exceso en nuestra valentía, nos levantamos contra los roma-
nos y ahora, al final, no les hemos hecho caso cuando nos
384 daban consejos para que nos salváramos[167]. ¿Quién no se
imagina, entonces, su cólera, si nos capturan vivos? ¡Qué
desdichados serán los jóvenes que con su fuerza física re-
sistirán numerosas torturas! ¡Qué desdichados serán tam-
bién los de mayor edad, que no podrán aguantar los infortu-
385 nios! Uno verá que su mujer es arrastrada a la fuerza y
escuchará, mientras tiene sus manos atadas, la voz del hijo
386 que llama a su padre. Pero mientras nuestras manos estén li-
bres y tengan una espada, ¡que ejecuten una noble acción!
Acabemos nuestra vida sin haber sido esclavizados por los
enemigos y abandonemos la vida libres, junto con nuestros
387 hijos y mujeres. Esto es lo que nos aconsejan nuestras le-
yes[168], esto es lo que nos piden nuestras mujeres e hijos.
Dios nos ha puesto en este estado de necesidad; los romanos
desean lo contrario y temen que alguno de nosotros muera
388 antes de la conquista de Masadá. Démonos prisa para de-
jarles el estupor de nuestra muerte y el asombro de nuestra
audacia en lugar de la satisfacción que esperan obtener con
nuestra captura.[169].

---

[167] Cf. VI 350.

[168] La Ley judía, el Pentateuco, no contiene ningún precepto de este tipo, sino que parece más bien de corte estoico, como suele ocurrir en los discursos que Josefo introduce en estos momentos.

[169] Un estudio detallado de estos discursos puede verse en V. Nikiprowetzky, «La mort d'Eléazar fils de Jaire et les courants apologétiques dans le *De Bello Judaico* de Flavius Josèphe», *Mélanges A. Dupont-Sommer*, París, 1971, págs. 461-490. Este elogio de la muerte, que realmente sorprende en boca de un judío, ha de insertarse en el contexto de la literatura apocalíptica hebrea de época intertestamentaria, que adopta un

Los judíos de Masadá se suicidan

Todos interrumpieron su discurso, aunque Eleazar quería continuar con sus arengas, y, llenos de un desenfrenado ardor, le instaron a poner manos a la obra. Como si estuvieran poseídos por un espíritu divino, se alejaron de allí con el deseo de adelantarse unos a otros, pues creían que era una demostración de su valentía y de su buen juicio el no aparecer entre los últimos. ¡Así de grande era el deseo, que se apoderó de ellos, de matar a sus mujeres, a sus hijos y a sí mismos! Y realmente, 390
en contra de lo que uno podría pensar[170], no desfallecieron cuando se dispusieron a ejecutar su acción, sino que mantuvieron con firmeza la resolución que habían tomado al escuchar las palabras de Eleazar. En todos reinaba un sentimiento personal y afectivo, pero por encima estaba la razón, que es la que había tomado la mejor decisión para sus seres más queridos. Abrazaban y se agarraban a sus mujeres, co- 391
gían en sus brazos a sus niños, con lágrimas en los ojos les daban sus últimos besos y al mismo tiempo, como si actua- 392
ran con manos ajenas, llevaban a término su decisión. Tenían como consuelo de esta necesaria matanza el pensamiento de los males que habrían sufrido a manos enemigas. Al final no se vio que nadie se amedrentara en una audacia 393
de tal envergadura, sino que todos fueron pasando a cuchillo

sinfín de elementos de la cultura helenística imperante. En efecto, como se ha dicho más arriba, los argumentos para justificar el suicidio no están tomados de la Biblia, sino de la filosofía griega.

[170] El suicidio es contrario a la tradición judía, si bien en este contexto es utilizado como un auténtico topos literario, habitual en la historiografía grecorromana. S. D. COHEN, «Masada. Literary tradition, archaeological remains and the credibility of Josephus», *Journal of Jewish Studies*, 1982, págs. 387-398, recoge dieciséis ejemplos de este tipo, a los que hay que añadir el caso de Razis, que en la lucha de Nicanor contra Judas Macabeo se clavó una espada (cf. *II Macabeos* 37-45).

a sus más próximos familiares. ¡Qué gente más desdichada, para quien matar por necesidad a sus mujeres e hijos con sus
394 propias manos les parecía el más pequeño de los males! Pero, como ya no podían soportar su aflicción por lo que habían hecho y como creían que harían una injusticia con los muertos, si seguían viviendo aunque sea un breve espacio de tiempo más, rápidamente hicieron un montón con todas
395 sus pertenencias y le prendieron fuego. Entre ellos eligieron a suerte a diez para que fueran los verdugos de todos. Cada uno se tumbó junto a su mujer y a sus hijos, que yacían muertos, se abrazó a ellos y entregó su cuello sumiso a los
396 que tenían encomendado esta funesta tarea. Después de que éstos degollaran a todos sin inmutarse, siguieron la misma norma del sorteo entre ellos, de modo que el que fuera elegido matara a los nueve restantes y al final se suicidara. De esta forma todos tenían la confianza de que no habría ninguna diferencia entre unos y otros en ejecutar o sufrir esta
397 crueldad. Al final los nueve ofrecieron su cuello, mientras que el último y único que quedaba pasó su mirada por encima de la gran cantidad de cadáveres que yacían en el suelo, por si aún había en medio de la inmensa matanza alguno que necesitara su mano. Cuando vio que todos estaban muertos, provocó un gran incendio en el palacio y con toda la fuerza de su mano se clavó en su cuerpo su espada com-
398 pleta y cayó al lado de sus familiares. Estos individuos murieron con la idea de que no habían dejado viva a nadie de
399 su gente para que cayera en manos de los romanos. Sin embargo, una anciana y otra mujer, que era pariente de Eleazar[171] y que destacaba sobremanera del resto de las mujeres por su inteligencia y su educación, se habían escondido con

---

[171] Al igual que en la toma de Gamala sólo se salvan dos mujeres; cf. IV 81-82.

sus cinco hijos sin que nadie los viera en las galerías subterráneas, que conducían el agua potable por debajo de la tierra, mientras los demás judíos discurrían sobre la forma de
matarse. El número de las víctimas alcanzó un total de no- 400
vecientos sesenta, con las mujeres y niños incluidos. Esta 401
catástrofe tuvo lugar el día quince del mes de Jántico[172].

Los romanos, que aún esperaban una batalla, desde el 402
amanecer estaban ya armados y, tras colocar pasarelas sobre los terraplenes para que sirvieran de puente de acceso a la
fortaleza, asaltaron Masadá. Pero, al no ver a ninguno de los 403
enemigos, sino sólo una terrible soledad por todas partes y, en el interior, fuego y silencio, se quedaron perplejos ante lo que había sucedido. Finalmente, como si fueran a empezar a disparar, lanzaron grandes gritos, para que alguno de los de
dentro les respondiera. Las mujeres escucharon este vocerío, 404
salieron de los subterráneos y contaron a los romanos cómo se habían desarrollado los acontecimientos. Una de ellas expuso con todo detalle y claridad las palabras de Eleazar y de
qué modo se había llevado a cabo la matanza. Los romanos 405
no les prestaron mucha atención, ya que no se creían la magnitud de la audacia. Apagaron el fuego, se abrieron rápidamente camino a través de él y llegaron al interior del
palacio. Cuando allí se toparon con el montón de muertos, 406
no se alegraron, como suele ocurrir con los enemigos, sino que se llenaron de admiración por la valentía de su resolución y por el firme menosprecio de la muerte que tanta gente había demostrado con sus obras[173].

---

[172] SCHÜRER, *Historia...*, I pág. 653, sitúa el suicidio masivo de Masadá al día siguiente de la Pascua, en la primavera del año 73, a pesar de que hay opiniones que optan por abril del 74.

[173] La traducción latina de esta obra, conocida como el Pseudo Hegesipo, acaba aquí su relato, con la caída de Masadá, pues en este momento, tras la muerte de Cristo, Dios ha abandonado a su pueblo. Josefo, ajeno a

Los sicarios se refugian en Egipto. Los romanos acaban con la revuelta judía de Alejandría

407 Una vez que Masadá fue conquistada de esta manera, el general romano dejó en la fortaleza una guarnición y se retiró con
408 su ejército a Cesarea[174]. Realmente ya no quedaba en la región ningún enemigo, sino que toda ella había sido subyugada por completo por la larga guerra, que a muchos judíos, incluso de las zonas más alejadas, les había
409 provocado inquietud y la amenaza de una sublevación. Además, después de estos acontecimientos, sobrevino la muerte
410 de muchos judíos en Alejandría de Egipto. Pues los sicarios, que habían podido escapar de la revuelta y refugiarse allí, no se contentaron con haberse salvado, sino que de nuevo se dedicaron a actividades subversivas y convencieron a muchos de los que les habían dado cobijo para que reivindicaran su libertad, para que no se creyeran que los romanos eran superiores a ellos y para que tuvieran a Dios como el
411 único señor. Pero, como algunos notables judíos se les opusieron, los degollaron y a los demás les hostigaron con sus
412 continuas llamadas a la revuelta. Cuando los jefes del Consejo de los Ancianos[175] vieron esta actitud demente, consi-

esta perpectiva, continúa su historia con otros acontecimientos. Por su parte el texto hebreo de la *Guerra de los judíos*, el *Josippon* del siglo x, transforma este episodio mediante la eliminación del suicido y la inclusión de una lucha heroica.

[174] Al igual que en los tiempos de los procuradores, la residencia de los gobernadores es en esta época Cesarea, no Jerusalén. Aquella ciudad, mencionada por TÁCITO, *Historias* II 78, como *Caesarea Iudaeae caput*, fue convertida por Vespasiano en colonia romana con el nombre oficial de *Colonia prima Flavia Augusta Caesariensis*. No obstante, el propio TÁCITO, *Historias* V 8, distingue entre la capital nacional de los judíos, que es Jerusalén, y la capital de la provincia romana.

[175] FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Contra Flaco* 10, informa de cómo el etnarca de la comunidad judía de Alejandría estaba, desde el año 11 d. C.,

deraron que no era seguro para ellos dejarles actuar así, sino que reunieron en asamblea a todos los judíos y en ella denunciaron la locura de los sicarios y demostraron que ellos eran los culpables de todos los males. Dijeron también que 413
éstos, al no tener, después de haber huido, ninguna esperanza segura de salvación, pues los romanos les matarían en cuanto los cogieran, hacían partícipes ahora de sus desgracias a los que no tenían nada que ver con sus crímenes. Por 414
consiguiente, pidieron a la multitud que tomara precauciones ante el desastre que los sicarios representaban y que los entregaran a los romanos para así disculparse ante ellos. Los 415
judíos, que comprendían la magnitud del peligro, se dejaron convencer por estas palabras, se lanzaron con gran ímpetu contra los sicarios y se apoderaron de ellos. Inmediatamente 416
capturaron a seiscientos y, no mucho después, apresaron y devolvieron a sus lugares de origen a cuantos se habían refugiado en Egipto y en la Tebas egipcia. No había nadie que 417
no se quedara maravillado de su tenacidad ni de su locura, que tal vez haya que llamar firmeza de carácter. Pues, aun- 418
que se ensayó con ellos todo tipo de tormentos y de daños corporales con el único fin de que reconocieran a César como su señor, sin embargo ninguno cedió ni estuvo dispuesto a hacer esta confesión, sino que todos mantuvieron sus convicciones, por encima de las coacciones, como si aceptaran los suplicios y el fuego con un cuerpo insensible y un alma que casi se alegraba con ello. Lo que más atónitos dejó a los 419
que veían este espectáculo fueron los niños de corta edad, pues ninguno de ellos pudo ser obligado a llamar señor a

---

supervisado por una Gerusía o un Consejo de Ancianos; cf. también *Antigüedades* XIV 117, XIX 282-283, y P. Jouguet, *La vie municipale dans l'Égypte romaine,* París, 1911, págs. 38-39.

César. ¡Tan grande era el poder que tenía la fuerza de su audacia sobre la debilidad de sus cuerpos!

Final del templo de Onías en Egipto

420 Lupo[176], que entonces gobernaba Alejandría, envió rápidamente a César in-
421 formación sobre esta revuelta judía. Éste, que miraba con desconfianza los movimientos revolucionarios de los judíos y que temía que de nuevo se reagruparan y captaran para su causa a otros aliados, ordenó a Lupo destruir el templo judío que había en el territorio conocido por el nombre de Onías[177].
422 Este lugar[178] está en Egipto y fue fundado con este nombre
423 por el siguiente motivo. Onías, hijo de Simón, uno de los sumos sacerdotes de Jerusalén, escapó de Antíoco[179], rey de Siria que estaba en guerra con los judíos, y llegó a Alejandría. Allí fue recibido amistosamente por Ptolomeo[180] a causa del odio que sentía contra Antíoco y le dijo que le procuraría la alianza del pueblo judío, si accedía a sus peti-
424 ciones. Como el rey prometió hacer lo que pudiera, Onías le pidió permiso para edificar un templo en algún sitio de Egipto y venerar a Dios según las costumbres de sus padres.
425 Pues de esta forma los judíos serían aún más hostiles con

---

[176] Ésta es la única mención que conocemos sobre este personaje.

[177] La historia de este templo ha sido recordada en I 31, 33, 190 y *Antigüedades* XII 387 y 22, XIII 62-73 y XX 236 y ss., aunque los textos son contradictorios tanto en el nombre del fundador, Onías III o IV, como en la fecha de erección, 160 ó 147; cf. H. Delcor, «Le temple d'Onias en Egypte, réexamen d'un vieux problème», *Revue Biblique* 75 (1968), 188-205.

[178] El territorio de Onías, Leontópolis, estaba situado al nordeste de Menfis y ha sido identificado con la actual Tell el-Yehudiye, «Colina de los judíos», 31 kilómetros al norte del Cairo.

[179] Antíoco Epífanes; cf. VII 44.

[180] Ptolomeo VI Filométor; cf. *Antigüedades* XIII 62.

Antíoco, que había devastado el Templo de Jerusalén, tendrían más afecto hacia él y muchos hebreos se concentrarían en este país por la tolerancia para practicar su religión.

Ptolomeo, convencido por las palabras de Onías, le con- 426
cedió un territorio, que distaba de Menfis ciento ochenta
estadios, en el distrito llamado Heliópolis[181]. Onías constru- 427
yó allí una fortaleza y levantó un templo no como el de Jerusalén, sino muy parecido a una torre, con grandes piedras
y una altura de sesenta codos. Sin embargo, en la disposi- 428
ción del altar imitó al de Jerusalén y adornó el lugar con los mismos objetos votivos, excepto la forma del candelabro[182].
Pues no puso un candelabro, sino que forjó una lámpara de 429
oro, que destellaba una luz brillante, y la colgó de una cadena dorada. Todo el recinto estaba rodeado por un muro de
ladrillos cocidos y sus puertas eran de piedra. Además, el 430
rey concedió un gran terreno, que produjera ingresos, para que los sacerdotes tuvieran abundancia de todo y hubiera muchas provisiones para el culto divino. Sin embargo, Onías 431
no había hecho esto por un motivo inocente, sino que estaba resentido por haber sido desterrado de Jerusalén y quería rivalizar con los judíos de esa ciudad. Por ello pensó que, si levantaba este templo, se atraería a mucha de la población
de allí. Existía una antigua profecía, pronunciada seiscientos 432
años antes por un personaje de nombre Isaías[183], según la cual la construcción del templo de Egipto iba a ser llevada a cabo por un hombre judío. De esta forma se erigió este templo.

[181] La *Historia de Egipto* de Manetón situaba a Moisés como primer sacerdote de Heliópolis, que fue expulsado de allí por ser leproso. Josefo, en *Contra Apión* I 250-387, critica las calumnias antijudías de este relato.

[182] Cf. V 217 y VII 148-149.

[183] *Isaías* 19, 19; cf. *Antigüedades* XIII 68. El cómputo de años es bastante exacto, pues Isaías se sitúa entre el 740 y 700 a. C. y la construcción del Templo de Leontópolis después del 170 a. C.

433 Cuando el gobernador de Alejandría, Lupo, recibió las cartas de César, se dirigió al templo, se apropió de alguna de
434 sus ofrendas y clausuró el lugar. Al poco tiempo murió Lupo y fue sucedido en el gobierno por Paulino, que no dejó en el templo ninguno de los objetos votivos, pues había proferido grandes amenazas contra los sacerdotes, si no le entregaban todo. No dejó acercarse al recinto sagrado a los
435 que querían cumplir con sus prácticas religiosas, sino que cerró las puertas y dejó el lugar totalmente inaccesible, de forma que allí no quedó ninguna huella del culto a Dios.
436 Habían transcurrido trescientos cuarenta y tres años desde la edificación del templo hasta su destrucción[184].

Los sicarios de Jonatán se sublevan en Cirene. El gobernador Catulo en contra de los judíos y de Flavio Josefo

437 La demencia de los sicarios se adueñó también, como una peste, de las ciudades
438 próximas a Cirene. Se había refugiado allí Jonatán, un individuo muy malvado, tejedor de profesión, que convenció a un gran número de gente pobre para que le siguiera y la condujo al desierto con la promesa
439 de mostrarle señales y apariciones[185]. Estas actividades y engaños pasaron desapercibidos a todos los demás, si bien los judíos[186] más notables de Cirene denunciaron ante el

---

[184] La cifra no es correcta: desde la erección del templo, poco después del 170 a. C., hasta su cierre por Vespasiano en el 73 a. C. han pasado doscientos cuarenta y tres años. No obstante en el número trescientos cuarenta y tres se han querido ver razones místicas de valor simbólico de los números (7×7×7) en lugar de un error; cf. el comentario *ad loc.* de THACKERAY.

[185] La importancia de este tipo de retiradas al desierto en las revueltas judías ha sido comentada en notas a IV 174 y 407.

[186] Ya desde antiguo fue numerosa la comunidad judía de Cirene, que tuvo enfrentamientos con los habitantes griegos del lugar (cf. *Antigüedades* XVI 169-170). En Jerusalén existía una sinagoga para los judíos de

gobernador de la Pentápolis de Libia[187], Catulo, la salida y las maquinaciones de Jonatán. El jefe romano envió solda- 440 dos de caballería y de infantería y así sometió con facilidad a aquellos judíos, que estaban desarmados. La mayoría de ellos perecieron en la lucha, mientras que algunos fueron capturados vivos y llevados ante Catulo. El autor de la con- 441 jura, Jonatán, pudo entonces escapar y, tras una intensa y muy concienzuda búsqueda por toda la región, fue apresado y conducido ante el gobernador. Ingenió la forma de librarse del castigo y con ello dio pie a Catulo para que cometiera injustos crímenes, pues acusó falsamente a los judíos más 442 ricos de ser los instigadores de su conjura. El gobernador 443 romano admitió con presteza tales calumnias, exageró mucho los hechos y les añadió un gran color trágico, para que diera la impresión de que él también había terminado con éxito una guerra contra los judíos. Pero lo peor de ello fue 444 que, además de creer sin ningún miramiento sus mentiras, el propio Catulo fue maestro de los sicarios en esta materia. Ordenó a Jonatán que denunciara a uno de los judíos, Ale- 445 jandro, con el que tenía una manifiesta enemistad por haberse enfrentado con él hacía tiempo. Incluyó también en la calumnia a su mujer Berenice y empezó por condenar a muerte a estos dos. Luego ejecutó de golpe a mil hombres, a todos los judíos que sobresalían por su riqueza. Pensó que 446

Cirene, a la que debían ir en peregrinación (cf. *Hechos de los Apóstoles* 2, 10; *Marcos* 15, 21); cf. S. Applebaum, *Jews and Greeks in ancient Cyrene*, Leiden, 1979. La revuelta judía de Cirene es mencionada también por otras fuentes literarias: Artemidoro, *La interpretación de los sueños* IV 24, Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica* IV 2, 2-3, y Orosio, VII 12, 6, entre otras.

[187] Pentápolis es otro de los nombres de la provincia romana Cirenaica (cf. Plinio, *Historia natural* IX 31), que recibe esta denominación por estar constituida por las colonias de Berenice, Hadriané, Teuqueira, Ptolemaida y Cirene, a la cabeza.

podía cometer estos crímenes impunemente, ya que confiscaba los bienes de estos judíos para el tesoro imperial.

447 Para que ninguno de los judíos de otras regiones denunciara su injusticia, llevó aún más lejos su mentira y persuadió a Jonatán y a algunos de los que habían sido arrestados junto con él para que acusaran de rebelión a los judíos más
448 insignes de Alejandría y de Roma. Uno de los inculpados de
449 esta forma insidiosa era Josefo, el autor de este libro[188]. Pero esta trama no resultó según esperaba Catulo, pues llegó a Roma con Jonatán y sus hombres encadenados y pensaba que la investigación se centraría en las falsas acusaciones
450 hechas por iniciativa suya delante de él. Vespasiano, que sospechaba la trama, indagó la verdad y, cuando descubrió que la acusación contra estos hombres era injusta, a petición de Tito, los dejó absueltos de las imputaciones e impuso a Jonatán la pena que se merecía: fue torturado y luego quemado vivo.

451 Gracias a la bondad de los emperadores Catulo no tuvo que soportar entonces más que una reprimenda. No mucho tiempo después enfermó de una complicada e incurable dolencia y murió de un modo miserable: recibió su castigo no sólo en el cuerpo, sino que la enfermedad le afectó grave-
452 mente a su espíritu. Estaba totalmente transtornado por el miedo y continuamente gritaba que veía delante de él los fantasmas de las personas que había asesinado. Como no podía resistirlo, se tiraba de la cama, como si le estuvieran
453 torturando o quemando con fuego. La enfermedad iba aumentando progresivamente su intensidad y las entrañas se le salían del cuerpo a causa de las úlceras que tenía. De esta

[188] En *Autobiografía* 424 JOSEFO recuerda cómo fue acusado de haber entregado armas y dinero a los sublevados de Cirene.

manera murió, como un destacado ejemplo de que la Providencia divina castiga a los malvados[189].

Epílogo a la «Historia de la guerra de los judíos»

Éste es el final de nuestra historia, 454
que prometimos transmitir con toda exactitud a los que quieran sabér de qué modo se desarrolló esta guerra de Roma contra
los judíos[190]. Dejo que los lectores juz- 455
guen su estilo literario[191], pero, en relación con la verdad de los hechos, no tengo ningún rubor en decir que éste ha sido el único objetivo que he perseguido en toda la narración.

---

[189] Acerca de la actuación de la Providencia divina en el acontecer histórico, véase el apartado 5 de la Introducción.

[190] Cf. el Proemio de la obra, I 1-30.

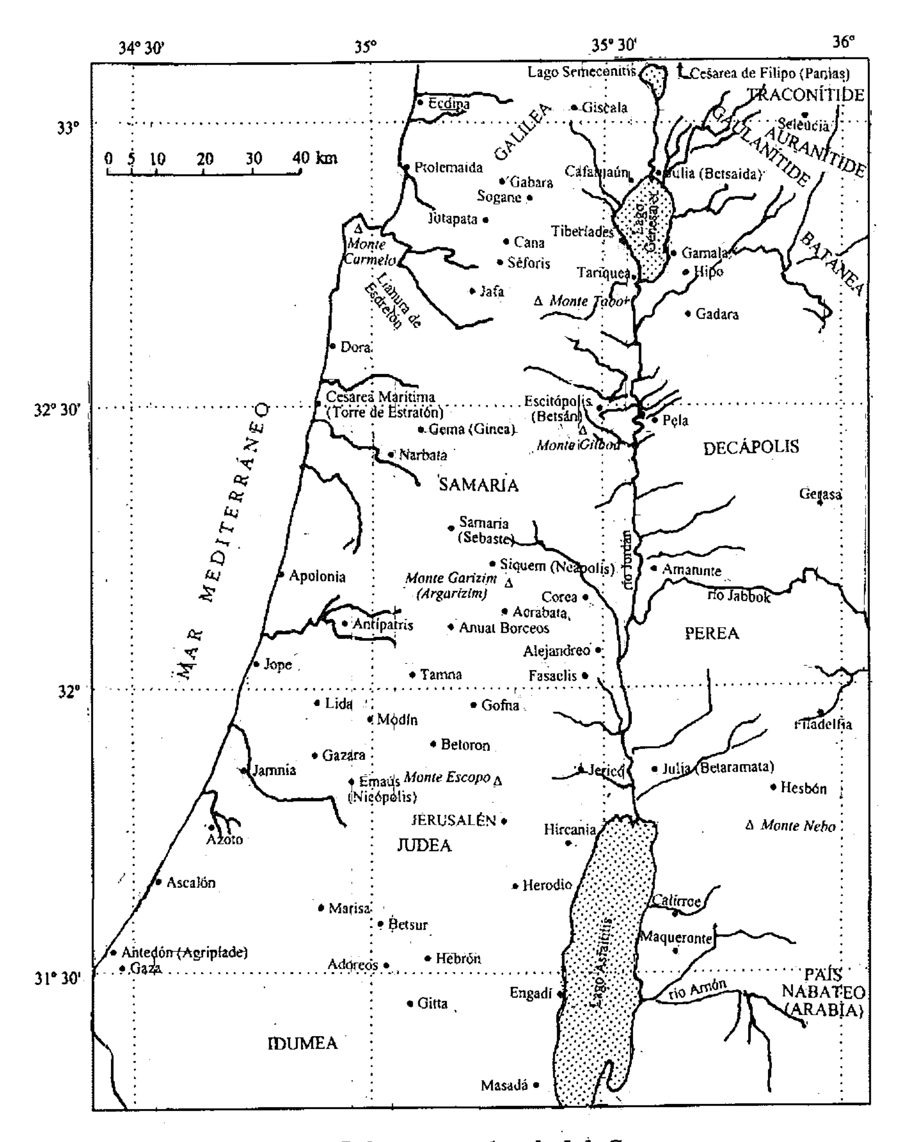
[191] Según el comentario de THACKERAY ésta puede ser una alusión a la traducción griega de la obra original aramea, mencionada en I 3.

ÍNDICE DE NOMBRES *

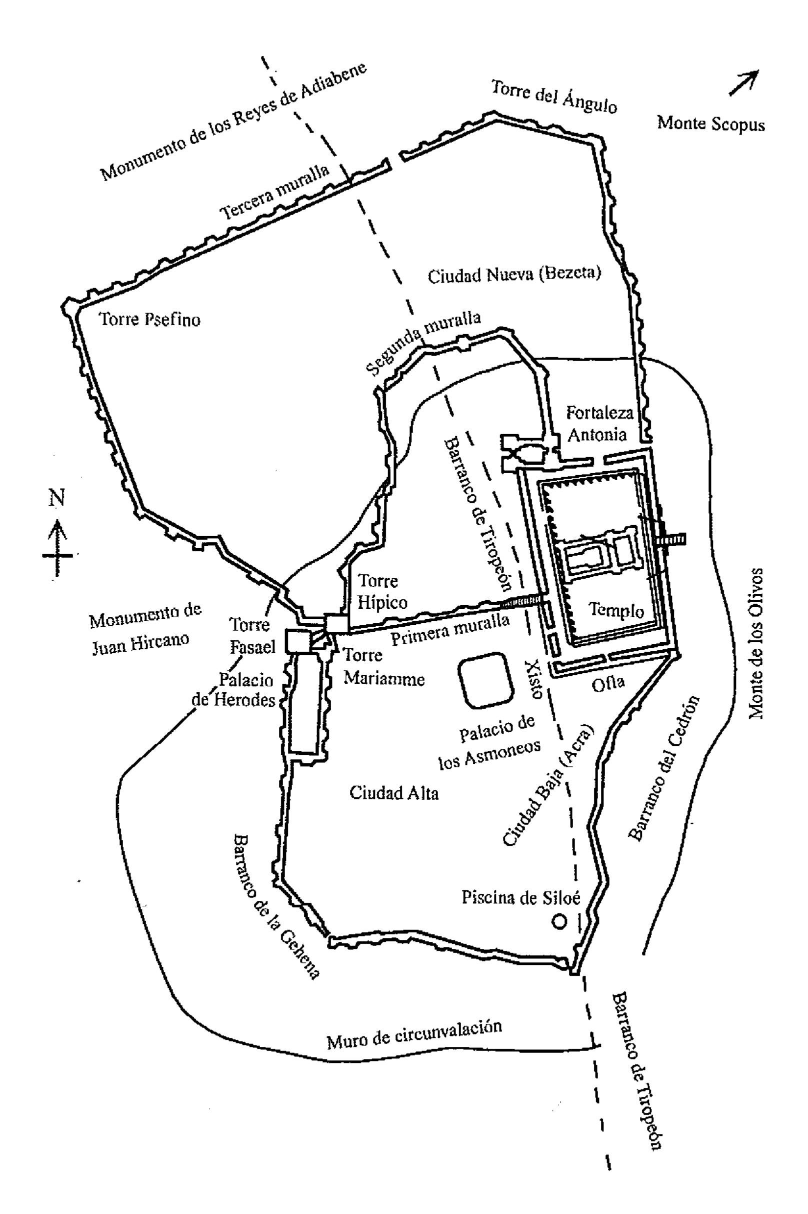
* En este índice no sólo se han incluido los nombres propios de persona o de lugar, sino también las personificaciones, los gentilicios y aquellos términos más destacados desde el punto de vista institucional, histórico y religioso.



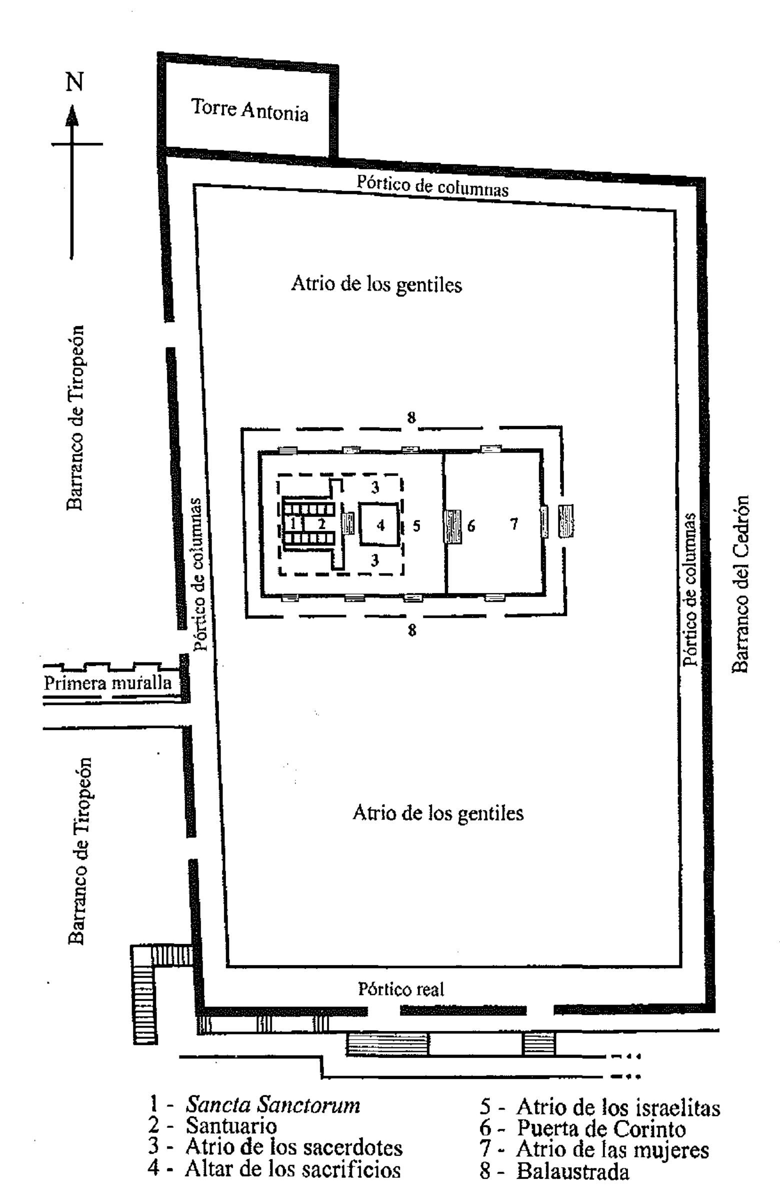
APÉNDICE



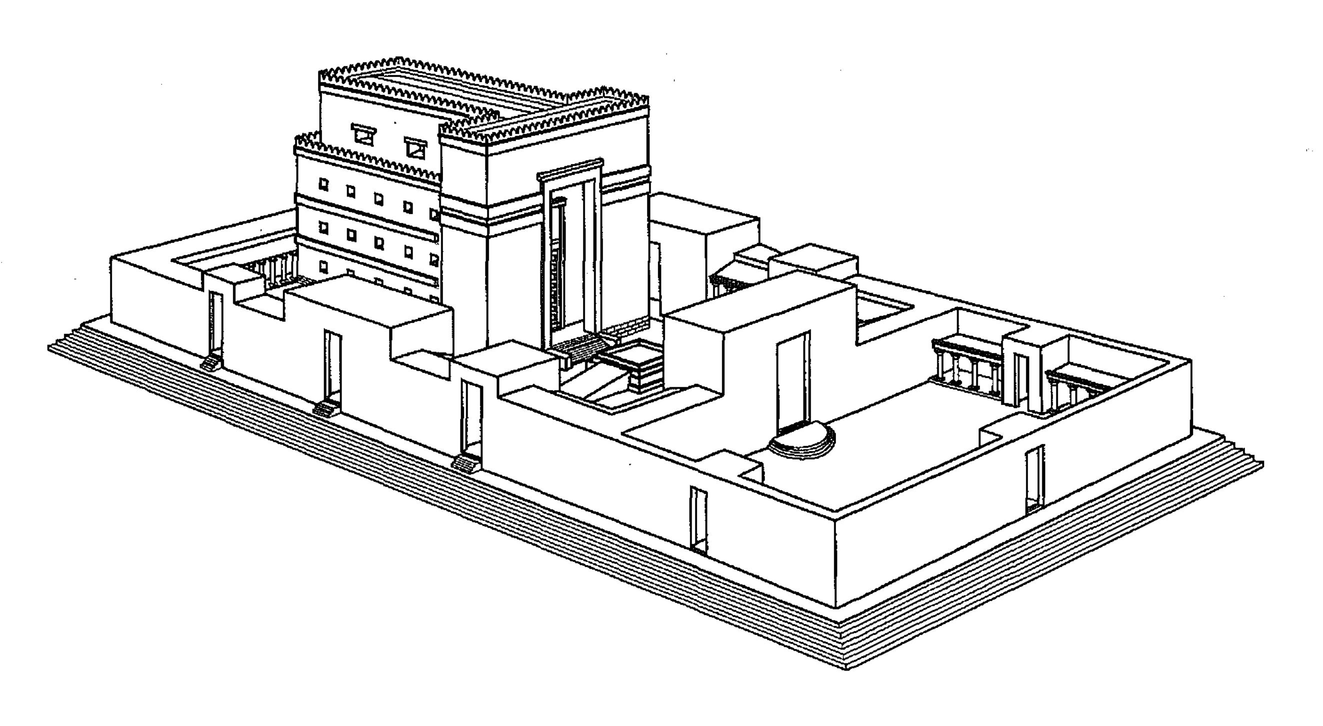
Palestina en el siglo I d. C.



Jerusalén en el año 70 d. C.



Templo de Jerusalén



Templo de Jerusalén (reconstrucción de Th. A. Busink)

ÍNDICE GENERAL